

[illegible]

CD Amante Ceballos Diego Hernandez
CD Mandala Orosi Juan Eddler
CD Kikito Pulido Diego Alejandro
CD Magonia Morillo Luis Alfonso
CD Marlon Pineda Juan Razo
CD Gato Gomez Cesar Alberto
CD Pura Alvarado Diego Alejandro
CD Pardo Rocio Silvia Rosendo
CD Rocio Aguilar Juan David
CD Saverio Camacho Cesar David
CD Susana Garcia Alejandra Guadalupe

.....

En honor a los 22 Cadetes fallecidos en el atentado a la Escuela de Cadetes Francisco de Paula Santander



Unas vidas Nuestras vidas

Sueños truncados

Historias de vida de los Subtenientes víctimas, en la
Escuela de Cadetes de Policía "General Francisco de Paula Santander"

Publicación de la Policía Nacional

Jefe de Oficina de Comunicaciones Estratégicas

Grupo de diseño, publicaciones e identidad visual

Editor General: Mg. Alexander Rojas

Corrección de estilo

Jefe Área de Víctimas, y Memoria Histórica

Diseño, Diagramación e impresión

Código ISBN: 978-958-8460-24-6

Bogotá, D. C., febrero de 2024

Los argumentos y opiniones expuestos en este documento son de exclusiva responsabilidad del autor; reflejan su pensamiento, no necesariamente el de la Policía Nacional. De igual manera, esta publicación puede ser reproducida en su totalidad o en parte para fines educativos o sin fines de lucro, sin permiso especial del titular de los derechos de autor, siempre y cuando se haga mención de la fuente.

Citación sugerida: Policía Nacional. (2024).

Se permite la copia de uno o más apartados completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga

Créditos

General

William René Salamanca Ramírez
Director General Policía Nacional

Brigadier General

Nicolás Alejandro Zapata Restrepo
Subdirector General Policía Nacional

Brigadier General

Sandra Patricia Pinzón Camargo
Jefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz - UNIPEP

Coronel

Lurangeli Franco Rodríguez
Subjefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz - UNIPEP

Revisión Académica

Dirección de Educación Policial
Centro de Investigación e Innovación Policial **VICIN - CIMPO**

Profesional de seguridad 06
PRO-06 Luis Fernando Morales García

Revisión Jurídica

Grupo Asunto Jurídicos - UNIPEP

Codirectores del Proyecto

Teniente Coronel

Yoffre Mario Díaz Lemus
Jefe Área Víctimas y Memoria Histórica

Capitán

Forero Jiménez Bernardo
Supervisor del proyecto

Subintendente

Yaneth Rocio Villanueva Quintero
Recolector de Memoria Histórica Institucional

Patrullero

Laura Camila Rubio Gómez
Recolector de Memoria Histórica Institucional

A todo el personal que integra el Área de Víctimas y Memoria Histórica - UNIPEP

Contenido

Prólogo	13
Palabras Director General	16
Palabras Jefe de la Unidad Policial para la Edificacion de la Paz	17
ST. Andrés Felipe Carvajal Moreno	18
<i>Desde siempre, pertenecer a la Policía fue su mayor anhelo</i>	
ST. Carlos Daniel Campaña Huertas	24
<i>Con su hermano tengo dos ángeles que nos cuidan desde el cielo</i>	
ST . César Alberto Ojeda Gómez	32
<i>Un relato de valentía y devoción</i>	
ST. Cristhian Fabían González Portilla	38
<i>El tiempo de Dios es perfecto</i>	
ST . Cristian Camilo Maquillón Martínez	44
<i>El sueño de construir futuro en la Policía Nacional</i>	
ST . Diego Alejandro Molina Peláez	50
<i>Una vida de perseverancia y respeto</i>	
ST . Diego Alejandro Pérez Alarcón.....	56
<i>Cuando Diego Alejandro me abrazaba, yo sentía que podía con este mundo y con otro</i>	
ST . Diego Fernando Martínez Galvis	62
<i>La risa siempre a unido a la familia; nos reímos por todo</i>	
ST. Fernando Alonso Iriarte Agresot.....	68
<i>Una historia de vida, homenaje a un cadete ejemplar</i>	
ST. Iván René Muñoz Parra	74
<i>Caminar, correr o voltear por un sueño</i>	
ST. Juan David Rodas Agudelo	80
<i>Soñando surcar los cielos</i>	
ST . Juan Diego Ayala Anzola.....	86
<i>Desde la ausencia de nuestro hijo, esta actividad nos hace sentirlo más cerca</i>	
ST . Luis Alfonso Mosquera Murillo	92
<i>Atletismo, baile, risa y familia</i>	
ST . Óscar Javier Saavedra Camacho	98
<i>Historia de vida de una familia entrañable</i>	
ST . Steven Ronaldo Prada Riaño	104
<i>La convicción de ser policía</i>	
Epílogo.....	111
Nota de los Autores.....	114



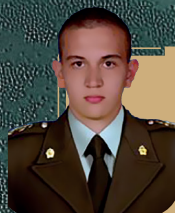
EN MEMORIA DE

ST. Alan Paúl Bayona Barreto
ST. Andrés David Fuentes Yepes
ST. Andrés Felipe Carvajal Moreno
ST. Carlos Daniel Campaña Huertas
ST. César Alberto Ojeda Gómez
ST. Cristhian Fabián González Portilla
ST. Cristian Camilo Maquilón Martínez
ST. Diego Alejandro Molina Peláez
ST. Diego Alejandro Pérez Alarcón
ST. Diego Fernando Martínez Galvis
ST. Erika Sofía Chico Vallejo

ST. Fernando Alonso Iriarte Agresot
ST. Iván René Muñoz Parra
ST. Jonatan León Torres
ST. Juan David Rodas Agudelo
ST. Juan Diego Ayala Anzola
ST. Juan Esteban Marulanda Orozco
ST. Juan Felipe Manjarres Contreras
ST. Luis Alfonso Mosquera Murillo
ST. Óscar Javier Saavedra Camacho
ST. Steven Ronaldo Prada Riaño
ST. Yhonatan Efraín Suescún García



ST. Diego Alejandro
Molina Peláez



ST. Steven Ronaldo
Prada Riaño



ST. Diego Fernando
Martínez Galvis



ST. Cesar Alberto
Ojeda Gómez



ST. Alan Paul
Bayona Barreto



ST. Juan Esteban
Marulana Orozco



ST. Cristhian Fabián
González Portilla



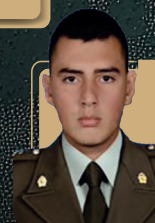
ST. Erika Sofía
Chico Vallejo



ST. Andrés Felipe
Carvaja Moreno



ST. Fernando Alonso
Iriarte Agresot



ST. Juan David
Rocas Aguelo

“Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander”



ST. Luis Alfonso
Mosquera Murillo



ST. Diego Alejandro
Pérez Alarón



ST. Carlos Daniel
Campaña Huertas



ST. Iván René
Muñoz Parra



ST. Jonatan
León Torres



ST. Cristián Camilo
Maquillón Martínez



ST. Juan Diego
Ayala Anzola



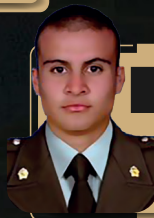
ST. Yhonatan Efraín
Suescún García



ST. Andrés David
Fúntes Yepes



ST. Oscar Javier
Saavedra Camacho



ST. Juan Felipe
Manjarres Contreras





| PRÓLOGO

General (r) Óscar Adolfo Naranjo Trujillo¹

Fueron 22 los jóvenes que acariciaron el sueño de convertirse en oficiales de la Policía y a quienes este sueño les fue truncado. Todos provenientes de muy diversas regiones del país, nacidos en el seno de familias que han hecho de la humildad un ejemplo de transformación trascendente, víctimas de aquel hecho en contra de la Escuela, que por demás es condenable y constituye uno de los momentos más trágicos y dolorosos de la Nación, de la Policía Nacional y en particular de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, alma mater que los había acogido para iniciar un camino fundado en valores para servir a los colombianos.

Desde 1940, fecha en que se fundó la Escuela, hasta el fatídico 17 de enero de 2019, la Institución Policial reconocía al cadete Gerardo Moncayo, asesinado durante las revueltas del 9 de abril de 1948, como su símbolo de sacrificio y heroísmo. Nunca imaginamos que al nombre del cadete Moncayo se le sumarían 22 nombres más, de jóvenes que en pleno siglo XXI pasarán a la historia como ejemplo de entrega y amor por Colombia.

Detrás del sacrificio heroico de nuestros cadetes, esta obra, titulada *Unas vidas, nuestras vidas. Sueños truncados*, tiene el mérito de descubrir e iluminar la historia personal de cada uno de ellos y también de sus familias. Cada historia fundada en el deseo genuino de realización personal a través del servicio a los demás se convierte en una lección para los jóvenes colombianos que están llamados a cambiar la realidad de violencia y conflicto que hemos vivido históricamente.

¹ Exvicepresidente de la República de Colombia (2017-2018); primer puesto en la promoción en la Escuela de Cadetes General Santander; administrador policial; posgraduado en Seguridad Integral y Alta Dirección en el Inalde, de la Universidad Sabana de Bogotá. Se desempeñó como director general de la Policía Nacional; dirigió el Instituto Latinoamericano de Ciudadanía del Sistema Tecnológico y de Educación Superior de Monterrey; asesoró al Gobierno Federal de los Estados Unidos Mexicanos hasta el 2014. Ex ministro consejero de la Presidencia para el Postconflicto, Derechos Humanos y Seguridad; acompañó la construcción del Acuerdo Final de Paz entre los años 2012 al 2016. En la actualidad, preside el Consejo Social de la Universidad Internacional de La Rioja en Colombia; e integra la Misión de Verificación de Naciones Unidas en Colombia como consultor en temas de Seguridad e Integración Territorial. Reconocimientos: Tributo Revista Semana al liderazgo ejemplarizante y fue destacado como uno de los 500 personajes más influyentes en el mundo por la revista Foreign Policy en su edición The Power Issue. Autor de los libros *El general de las mil batallas* (abril de 2017), *Se creían intocables* (mayo 2021) y *El derrumbe de Pablo Escobar* (noviembre 2023).

La investigación de los autores, su contacto personal con las familias y los entornos que vieron crecer la vocación policial de quienes ofrendaron su vida enalteciendo a la Policía abren un camino para reflexionar profundamente sobre la necesidad que tenemos los colombianos de superar el conflicto armado y avanzar por la senda de la convivencia y la paz.

El dolor y las heridas que significaron truncar los sueños y arrasar con la vida de los cadetes que retrata esta investigación ponen de manifiesto también el valor, el coraje, la determinación y la capacidad de resiliencia de las familias que hoy con sufrimiento avanzan, con la esperanza de que haya verdad, justicia y reparación. A estas familias no las podemos abandonar.

Las historias de muerte que a lo largo de la vida de la Policía Nacional de Colombia han acompañado su devenir, con motivo de esta publicación, nos obligan a recordar a los miles de hombres y mujeres que defendiendo la causa de la ley y el estado de derecho han ofrendado su vida en beneficio de cada ciudadano y sus instituciones. *Unas vidas, nuestras vidas. Sueños truncados* es un texto que instala para siempre en la historia a nuestros jóvenes cadetes asesinados. Estimamos que este sea el comienzo de una serie de publicaciones que deberán rescatar también a los héroes anónimos que por desgracia solo logran visibilidad cuando hacen parte de las estadísticas de víctimas que ha acumulado el país en el marco de una violencia que estamos obligados a superar.

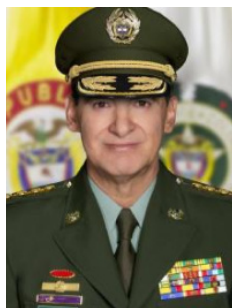
Rescatar los testimonios de los familiares que perdieron a sus seres queridos a través de la técnica "*historia de vida*", que eligieron los autores e investigadores de esta obra, tiene el mérito de conmovernos, pues cada sueño de vida aquí plasmado emana inspiración. No dudo que este texto contribuirá de manera formidable, entre otras cosas, a promover la educación en valores como pilar de los procesos de transformación y cambio que hoy reclama la ciudadanía de sus instituciones.

Esta obra bien puede convertirse en la puerta de entrada a que no solamente en Colombia, sino también en la comunidad internacional, se fije la mirada en los jóvenes policías que hacen grandes esfuerzos, son motivados por la ilusión de cumplir sus sueños de servicio y quienes deben recibir todo el apoyo en su dimensión espiritual, afectiva, cognitiva y material.

Los sueños truncados de jóvenes a los que el hecho les arrebató su vida y sus ilusiones, estamos seguros, son reconstruidos en un texto que exalta la dimensión de la solidaridad y que se convertirá en un ejemplo multiplicador para contagiar no solamente a los colombianos que están en búsqueda de vocación profesional, sino en general de toda la comunidad policial la obra busca estimularlos a que no claudiquen en su propósito de realización personal, que para los policías en el mundo entero se traduce en el compromiso de servir y proteger.

En síntesis, *Unas vidas, nuestras vidas. Sueños truncados* es, sin duda, un esfuerzo que nos ayuda a valorar el dolor espiritual que desde luego es en cada caso un proceso complejo, no exento de dificultades. Valorar el dolor a través de las historias de vida aquí recogidas es un primer paso de aceptación y reconocimiento de un sufrimiento que no se desvanecerá de manera repentina, pero que implica experimentarlo y explorarlo en función de lo que nos está enseñando, para así superar los retos y desafíos que implica la propia existencia.

Reflexionar y buscar el significado de lo que ha conllevado esta tragedia, y reconocer cómo la vida y los sueños de 22 cadetes de la Policía Nacional terminaron truncados por la muerte, implica tratar de encontrar un sentido y un propósito más profundo para fortalecer el espíritu de servicio de la propia institución, llamada a buscar siempre una conexión emocional y espiritual con el conjunto de la sociedad.



PALABRAS DIRECTOR GENERAL LIBRO UNAS VIDAS, NUESTRAS VIDAS

Desde nuestra creación como Policía Nacional de Colombia, un poco más de 135 años, cientos de miles de hombres y mujeres hemos integrado la institución con el firme propósito de servir y contribuir en la transformación de la sociedad colombiana. Pertenecer a esta amada institución es un esfuerzo de todas y cada una de las familias que se esmeran con dedicación, tiempo y dinero para vincular un hijo o hija a la selecta familia que somos la policía Nacional de Colombia.

A través del tiempo hemos recibido duros golpes a la vida e integridad de nuestros policiales en razón del cumplimiento de nuestro servicio en todo el territorio nacional, pues somos la institución a la cual los ciudadanos recurren en todo momento y somos referente de seguridad y apoyo para la ciudadanía. El atentado perpetrado en contra de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, el cual dejó un saldo trágico de 22 subtenientes victimizados y cerca de ochenta cadetes heridos, ha sido uno de los hechos más dolorosos que haya vivido en sus años de historia la Escuela.

Quienes planearon y perpetraron este brutal atentado, no tuvieron en cuenta que estos jóvenes se encontraban en un claustro universitario, o en la juventud que apenas despuntaban, ni los sueños que empezaban a surcar, mucho menos el daño a madres, padres, hermanos y demás familias, las cuales perdieron uno de sus miembros que la historia jamás podrá borrar.

Este libro “Unas Vidas Nuestras Vidas – Sueños Truncados” se constituye en un homenaje a esos 22 subtenientes victimizados, sus familias, las comunidades y la Policía Nacional, es un esfuerzo por tener presente sus vidas, sus esperanzas, aquellas con las que integramos la institución y las que unas manos asesinas truncaron.

Cada uno de los relatos en este libro contenidos dan muestra de la calidez humana de estos policiales que un día en medio de la felicidad y en algunos casos las dificultades optaron por asumir el gran reto que demanda ser policía.

Agradezco a las familias que abrieron las puertas de sus hogares y sus corazones para compartir con los miles de lectores estas bellas historias que son un bálsamo para el dolor de sus corazones y un homenaje para quienes entregaron su vida en medio de su proceso de Formación.

GR. *William René Salamanca Ramírez*
Director General Policía Nacional



PALABRAS JEFE DE LA UNIDAD POLICIAL PARA LA EDIFICACIÓN DE LA PAZ LIBRO UNAS VIDAS NUESTRAS VIDAS

Recordar es volver a pasar por el corazón, es mantener encendida la memoria para salvaguardar del olvido las vidas de quienes han partido a la eternidad, es iluminar su huella en nuestro camino, recordar es el motivo de este libro con el que refrendamos nuestro compromiso de honrar las vidas de los 22 jóvenes subtenientes, que fueron arrebatadas por la infamia el 17 de enero del 2019, en la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander.

Los relatos de sus familias y seres queridos, nos cuentan la historia de unas vidas que, como las nuestras, tenían sueños, proyectos, anhelos y especialmente la aspiración de servir al país. Son narraciones cargadas de amor, esperanza y bondad que se tejieron cuidadosamente para permitirnos reflexionar sobre la humanidad, su esencia y fragilidad.

Este trabajo investigativo nos condujo a buscar los espacios que habitaron, aquellas casas de donde un día salieron con sus maletas cargadas de ilusión, lugares en los que hoy, tan solo la llama de una vela alumbra su imagen en las fotografías y el corazón de sus familiares. Un recorrido cargado de sentimientos que seguramente surgirán en el lector al conocer cada apartado de esta publicación.

“Unas vidas, nuestras vidas” es una iniciativa multimedia, que, a través del texto, la imagen y el audiovisual busca ilustrar desde diferentes perspectivas su legado, enseñando la inocencia de la infancia, el ímpetu de la adolescencia y la fuerza de la juventud que los acompañaba durante el reto de convertirse en oficiales de la Policía Nacional.

Desde la Unidad Policial para la Edificación de la Paz, enaltece la memoria de estos héroes, con profundo respeto por sus seres amados, a quienes agradecemos haber abierto las puertas de su alma para contarnos parte de la historia. Nuestra tarea y la de todos aquellos que contribuyen a la construcción de la paz en nuestro país, es mantener vivo su recuerdo.

Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo les concedan gracia y paz. (1 Corintios 1:3)

Brigadier General Sandra Patricia Pinzón Camargo
Jefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz



S.T. Andrés Felipe Carvajal Moreno

Cecilia
ANDRES CARVAJAL

Desde siempre, pertenecer a la Policía fue su mayor anhelo

—¿Por qué la Policía?
—Papá, pues yo voy a hacerle;
tengo que llegar a ser grande algún día en la Policía.
ST. Andrés Felipe Carvajal

Su nombre estuvo marcado por el de líderes políticos, esa fue la intención de su padre. Aunque posteriores a su nacimiento, Andrés por el expresidente y Felipe por el ministro de Agricultura perfilaban ese nombre compuesto con el que sus progenitores daban reconocimiento a su recién llegado hijo en la ciudad de Chiquinquirá.

Pocos días después, viajó con mamá a las afueras del municipio de Coper, Boyacá, ubicado a aproximadamente 60 kilómetros de Chiquinquirá, de donde ella es oriunda. Allí transcurrieron sus primeros dos años de vida, para luego regresar a casa de sus abuelos paternos, en medio de 12 mil metros de terreno con olores de cítricos y cacaíto. Hijo de comerciante y nieto de dueños de fincas, era constante verlo correr detrás de los perros, jugar con los terneros, recorrer los cultivos y acompañar el ordeño.

La parcela de sus abuelos paternos estaba en las afueras del pueblo, muy cerca del colegio departamental Juana Caporal donde el niño empezó a estudiar. Allí hizo toda su primaria y bachillerato, con notas sobresalientes y mostrándose siempre ávido de conocimiento; un joven muy inteligente que siempre luchaba por salir adelante. Desde muy pequeño se proyectó en las Fuerzas Armadas, ese era su sueño.

Disfrutaba de los almuerzos familiares donde no podía faltar el pollo campesino preparado por su abuela y de compartir alguna comida rápida con sus amigos. Era amable, de personalidad intrépida y valoraba las pequeñas

cosas. No tuvo una infancia llena de lujos pues no había el recurso económico, ni estudió en un colegio privado, pero fue un niño feliz que ayudaba a recoger naranjas o trabajar los cultivos; el campo fue su espacio seguro.

Amaba profundamente a los animales y a los niños, especialmente a su sobrino Samuel; siempre entre juegos veía en el pequeño un poco de la travesura que el mismo Andrés Felipe reveló siempre y a su perrita, Fiona, fiel compañera de su día a día.

Indumil, como lo llamaban de cariño, hizo un curso de antenas de comunicaciones, pues la intención de su familia era verlo estudiando en una universidad alguna carrera de su elección. Era juicioso, buen estudiante y muy inteligente; estas eran razones importantes para el interés de sus padres: que tomara la opción de hacer un estudio profesional. Sin embargo, su corazón siempre estuvo en la Policía Nacional. Pese a que tenía tan solo 17 años, quiso entonces presentarse a la escuela militar con el apoyo económico de su padre. Sin ayuda de otra persona, hizo todos los trámites, pero por no contar aún con la mayoría de edad no fue aceptado.

Solo esperó a cumplir 18 años para presentarse al Batallón de Tunja y voluntariamente quiso prestar el servicio militar. Sus padres temieron que le trasladaran a alguna zona del país donde corriera peligro, pero él, sin temor y siempre positivo, cumplió a cabalidad cada uno de los días en la Policía Militar. Al ser bachiller, su estadía sería de un año, tiempo que solo fue el impulso faltante para que su vocación por la Policía fuera inquebrantable.

Una vez terminó el servicio militar, aunque sus padres le insistían en que ingresara a alguna universidad; quiso presentarse a la Policía. Decidió hacer el curso de patrullero porque quería comenzar por abajo; con su servicio militar sería más fácil y solo cursaría seis meses. Tenía muy claro que para conseguir un rango alto dentro de la institución debía comenzar con la propia escuela, conocer las calles y las comunidades y después hacer la comisión de estudios. Andrés Felipe se hizo patrullero.

Estuvo un tiempo corto en Bogotá, designado por la Policía Nacional; lo llamaron a erradicar cultivos ilícitos en el sur de Bolívar y transitó por Caño

Limón-Coveñas cuidando los territorios utilizados por Ecopetrol; observó francotiradores, vivió enfrentamientos y, en uno de ellos, tuvo una afectación en un oído debido al estallido de una granada.

Transcurridos aproximadamente cinco años dentro de la Policía, decidió hacer el curso de oficial; estaba tan ilusionado. A Arauca, donde estaba designado en ese momento, solo llegaban cuatro carpetas para el ingreso a la Escuela de Cadetes General Santander (ECSAN), dos de ellas destinadas para civiles y dos para policías, una competencia muy difícil. Este joven inteligente y con inmensas ganas de ascender logró conseguir una de las tan preciadas carpetas. Fue citado para presentar pruebas físicas en Cúcuta; posteriormente se presentó a la entrevista y, pese a que en ese momento había sido llamado a hacer erradicación en Putumayo, logró comenzar su curso como oficial. Entonces, llegó a la Escuela orgulloso y lleno de sueños.

Se distinguía por ser muy comprometido, estudioso, responsable, juicioso; mostraba sus enormes ganas de salir adelante. Cada vez que tenía permiso corría nuevamente a visitar a su familia querida en medio de fincas y cultivos, a su hermana Daniela y a sus primos que siempre fueron sus mejores amigos; y en medio de largas conversaciones, contaba una a una sus anécdotas de la Escuela. En los cortos descansos que tenía, siempre acudía a ver a su familia, a montar en cuatrimoto o a visitar a sus amigos y a una jovencita que sería su novia. Aquellos que lo conocían veían cómo su paso por la Escuela mostraba ya a un hombre maduro y comprometido que disfrutaba largas conversaciones y hablaba de la satisfacción que le producía pertenecer a la Policía Nacional.

Fue dragoneante¹ y con satisfacción siempre mencionaba que ya tenía mando, perteneció a la guardia de honor. Le conocieron por ser un buen deportista gracias a su excelente estado físico; sus superiores lo reconocían como un alumno consagrado, alguien que llegaría muy lejos dentro de la institución.

Con orgullo recibió la daga.

¹ Efectivo destacado que, luego de seguir entrenamiento, obtiene mando sobre sus compañeros de igual rango.

Admiraba la belleza de la mujer y aunque veía a compañeras muy bonitas e interesantes dentro de su curso, siempre estuvo convencido de que debía respetarlas. Es así como hizo muchas amigas dentro de la Escuela y obtuvo además la admiración de sus compañeros. Al haber sido patrullero antes de ingresar a sus cursos para ser oficial, tenía noción de la institución y de la disciplina que se requería.

Fue reconocido como un héroe, pues el día de su partida prefirió arriesgar su vida para proteger a uno de sus compañeros: le cubrió con su propio cuerpo, lo que ocasionó que él quedara muy afectado y sin posibilidades de sobrevivir. El agradecimiento es el sentimiento que inunda los corazones, cuando se recuerda a Andrés Felipe.

En homenaje póstumo, el expresidente Iván Duque otorgó el grado de subteniente a los veintidós cadetes víctimas, entre ellos Andrés Felipe. Su daga fue recibida por su padre como el mayor de los tesoros y, en manos de su madre, reposan las insignias que con tanto esfuerzo obtuvo su hijo.

Desde que estaba pequeño insistió en que su sueño era ser policía, amaba y admiraba la institución, siempre visualizaba su futuro teniendo un alto cargo o siendo maestro de oficiales. Pese a su afectación auditiva, razón por la cual podría haber sido rechazado en la Escuela de Cadetes, su perseverancia hizo que cumpliera uno de sus sueños porque era lo que realmente deseaba.

Andrés Felipe Carvajal, quien anhelaba ser General para luego llegar a la Presidencia del país, siempre quiso ser reconocido. Hombre saludable, ambicioso y de gran carisma, quien se hacía querer por todas las personas que llegaban a conocerle, con un corazón enorme y un excelente ser humano, consideró a la Policía Nacional como su segunda familia, aquella que se elige, aquella que se admira.



ST . Andrés Felipe Carvajal y Nora Patricia (madre)



Desde siempre,
pertenecer a la Policía
fue su mayor anhelo

ST. Andrés Felipe Carvajal y Daniel Carvajal (padre)



S.T. Carlos Daniel Campaña Huertas

Cadete
CARLOS CAMPAÑA

Con su hermano tengo dos ángeles que nos cuidan desde el cielo

Mamá, nunca le niegue un plato de comida a la persona que llegue a su casa, ¡nunca baje la cabeza ante nadie!
¡Siempre mire con la frente en alto, madre; ¡Yo soy policía!
María Isabel Huertas, madre del ST. Campaña Huertas

Llegar al tapete verde que conforman las pequeñas plantaciones de pan-coger en el departamento de Nariño, y especialmente en el municipio de Puerres, es adentrarnos en el calor de un hogar cuyo centro de gravedad son los abuelos maternos. María Isabel, a muy temprana edad, se hizo madre de su primogénito, el ST. Carlos Daniel Campaña Huertas, el mayor de sus dos hijos; hombres grandes, fuertes, imponentes y amorosos que hoy le cuidan desde el cielo. Desde allí le dan fortaleza para seguir ayudando a la comunidad de donde aún hoy vive con Ricardo su compañero, en la zona rural del municipio.

La vida de Dani, como le decían de cariño todos los de su hogar al ST. Carlos Daniel, conformado inicialmente por sus abuelos y su señora madre, transcurre muy cerca de la plaza principal (parque central) del municipio de Puerres. Allí, en medio de las actividades propias de la infancia y los deberes escolares, ayudaba con la venta o entrega de pedidos de chicharrón de cerdo que producía su familia para solventar parte de los gastos de todos en casa.

La felicidad se complementa con el nacimiento de su hermanito, Jaime Eduardo. Juntos ayudaban a su abuelo en las labores del campo, la "pesa" de carne porcina y la ganadería. El abuelo siempre apoyó de manera directa a sus nietos, pero relatan con sonrisa cómplice que Dani era el consentido de los abuelos.

1 Venta de carne en pequeñas cantidades.

La humildad, la solidaridad, la dedicación y las ganas de estar siempre en el quehacer le motivaron a realizar actividades deportivas, hacer parte de la banda de paz, y ocupar siempre los primeros lugares por su rendimiento académico en el pequeño colegio del pueblo. Sobresalía en matemáticas, al punto de que sus compañeros visitaban su casa en contrajornada escolar, con el fin de que les ayudara a hacer las tareas.

Solamente en una ocasión su madre fue citada por bajo rendimiento; la profesora le informó que estaba muy sorprendida por esta situación de Dani; ante el reclamo airado de María Isabel, el niño respondió, como siempre, con una gran sonrisa heredada de la expresión de su progenitora: *“mamá, ¿usted nunca se ha enamorado? Yo estoy enamorado, pero me voy a recuperar”*, cosa que hizo en adelante hasta finalizar con éxitos sus estudios del bachillerato.

Entre sus amigos de la infancia, la juventud y los conquistados en el interior de la Policía, sobresalen el teniente de Policía Mauricio Salcedo; su amiga, hoy médica, Lina Chávez; el economista Nilson Sarmiento; Jorge Sarmiento, el transportador; Catalina Tapuma, ingeniera civil; y Nata, que es bacterióloga. Este grupo de amigos hizo un pacto con el que todos se comprometían a cursar

estudios profesionales y contribuir en el desarrollo de su pueblo. Luego de la pérdida de su hijo Dani, e incluso con el accidente en moto de Jaime Eduardo, su hijo menor, que desafortunadamente cobró su vida, estos amigos se han convertido en un valioso apoyo emocional. Tanto es así que, en cada fecha especial, la visitan y, en las temporadas de navidad y año nuevo, comparten con ella y Ricardo los recuerdos más gratos de esos momentos de infancia y juventud. Esto le reconforta el alma a María Isabel y le da fuerza para seguir adelante.

La honestidad siempre marcó la senda hasta el momento de su partida. Él y su hermano desde muy pequeños fueron acostumbrados a ver dinero puesto en pequeños paquetitos por la casa, pero jamás se perdió un centavo ni sus hijos invirtieron en cosas que no fueran las autorizadas por los mayores.

Los niños aprendieron de sus padres a reconocer el valor del dinero desde el fruto del trabajo y como medio para cumplir las metas propuestas por la familia. Debido a la situación económica que vivían con su madre, el abuelo les daba unos pesos para sus gastos de adolescentes.

Cada familia tiene impregnados en la piel recuerdos que los acompañan hasta el último aliento y hacen, en medio de la adversidad, llevaderos los momentos de ausencia y tristeza por los seres que han partido. Para la familia Huertas, la felicidad estaba asociada al reencuentro alrededor de un almuerzo con gallina criolla, un cuy asado, la natilla en las navidades; esperar a que llegara del trabajo Ricardo y que en algún momento apareciera Dani con un permiso de la Escuela de Policía para compartir las fechas que eran tan anheladas por todos. Por consiguiente, la navidad es muy dura para Isabel y Ricardo, hoy sin sus dos hijos.

Cada recuerdo grato nos reconforta el alma, pero una de las costumbres que jamás se olvidarán era acostarse a ver películas todos, Dani, Jaime Eduardo, Ricardo e Isabel, en la pequeña cama matrimonial de su madre, siempre colorida y con ese aroma tan particular que aún en la distancia sigue presente. *"Dani al cucho"*² y *"Jaime al Canto"*³ jugaban y se quedaban allí dormidos hasta el día siguiente.

La hermandad construida entre Jaime Eduardo y Dani se reflejaba en la entrega y ayuda mutua, la privación de algunas cosas, con tal de que Dani, en la Escuela de Policía, tuviera lo básico y necesario para rendir en su carrera de oficial. Como expresaba su hermanito menor, en que *"aquí todos debemos salir adelante y ayudar a los abuelos"*. Querían los dos hermanos que ellos tuvieran una casa más grande para que no tuvieran que trabajar más, y que sus padres, por estar todavía muy jóvenes, sí pudieran seguir trabajando, pero con la ayuda de Dani saldrían adelante hasta alcanzar las metas que hablaban en las noches en su cama viendo TV.

Los paseos siempre fueron austeros pero cargados de alegría y compartir. Viajaban a las casas de familiares en otros municipios cercanos y algunas

2. En la orilla de la cama.

3. A los pies de la cama.

veces a Cali y Buga, lo cual permitía pasear más con los escasos recursos que poseían. Los grandes logros académicos y deportivos y los cumpleaños se celebraban alrededor de una tortica con gaseosa en casa, con el núcleo básico de la familia y su primita.

La fe siempre signó los destinos de Dani, virtud heredada de su abuela, a quien siempre acompañó de la mano a la iglesia cada domingo. La devoción por la virgen de las Lajas y Santa Martha era evidente; en cada oportunidad de descanso otorgado por la Escuela de Policía, salía muy temprano y recorría hasta cuatro horas a pie, para llegar hasta el Santuario de Nuestra Señora de las Lajas. Siempre rechazaba la compañía de sus padres, con el fin de poder adentrarse en sus peticiones a un ser superior y pedir por su ayuda y protección.

Los ratos de ocio eran utilizados para estar en compañía de sus amigos, hacer deporte, jugar fútbol y algo muy particular: armar y desarmar cosas para conocer cómo funcionaban; gran parte de sus prácticas las hizo en la moto con la que Ricardo trabajaba en la actividad del mototaxismo⁴. Cuando no era posible repararla, lo invitaba a comprar mejor una nueva. Las habitaciones de sus dos hijos, hoy en el cielo, permanecen intactas. Sobresale de la habitación de Dani una caricatura en la que se retrata con su novia y la cual empezó a pintar, antes de su incorporación a la Escuela de Policía.

La humildad se veía hasta en la gastronomía: todas las comidas que preparaban su madre y abuela debían llevar plátano frito con queso y Pony Malta. La relación jovial de la madre con sus hijos siempre se reflejó en las bromas, los chistes, los abrazos. Para Dani, el motor de su vida, desde luego, era su madre, y ella se convirtió en la constante de su alegría y relajo; junto con su hermano Jaime Eduardo le hacían bromas, le hablaban al oído, se reían y la abrazaban hasta sentir que el aliento era lo único que faltaba por entregarse a ese amor tan puro: el de una madre por sus hijos y el de ellos por ella.

Cuando viajaba con permiso de la Escuela de Cadetes General Santander (ECSAN), Dani se convertía en una disputa por el tiempo que todos querían compartir con él, el cual se dividía entre la familia y sus amigos. Esos encuen-

4. Medio de transporte público.

tros eran en las navidades y las vacaciones, época que resultaba ser el mejor pretexto para encontrarse, conversar sobre su formación profesional, comentar los avances y dificultades en sus carreras, reír, echar cuentos, chistes y hacer videos para compartir en las redes sociales. Se reunían unos jóvenes con todas sus expectativas de vida por delante. Aún hoy, luego de casi cinco años de su partida, cuenta María Isabel, llegan a visitarlos esos amigos de su hijo y piden la llave para ir a visitar la tumba de su gran compañero que ya no está.

Desde muy niño, lo muestran sus fotografías, ya quería ser policía; por eso, en las fiestas de los niños era su uniforme infaltable, el que su madre preparaba con mucha dedicación y empeño, ataviándolo con su verde oliva y su sombrero de la Policía de Carabineros. Ya a punto de finalizar sus estudios de bachillerato, continuaba con la idea de ser policía, pero primero debía ir a prestar su servicio o hacer curso de patrullero; si esa alternativa no resultaba, su meta estaba puesta en ser ingeniero civil. Por haber terminado el colegio antes de cumplir la mayoría de edad, aprovechó para aprender a nadar, hacer un técnico en sistemas. Un primo le sugirió presentarse a la Fuerza Aérea, pero Dani ya sabía qué quería ser en su vida. A sabiendas de que tenía el apoyo de la familia en lo que quisiera hacer de su vida profesional, compró la carpeta, pero no dijo que se iba a presentar para el curso de oficial. Le fue negada la posibilidad dos veces; por tal razón, optó por presentarse de nuevo a la Escuela de Policía y a la Universidad Mariana para cursar ingeniería civil. La sorpresa fue mayor al llegar la notificación, el mismo día, de los dos claustros. Indecisión no hubo, su respuesta fue: *"Mamá, yo amo la policía, la policía es mi sueño"*. Luego de gestionar un crédito para el cumplimiento de los compromisos con la Escuela, el padre biológico fue a llevarlo para iniciar su carrera como oficial.

La visita domiciliaria de incorporación fue el primer encuentro con la disciplina y puso a todos a trastear las cosas de la casa para esperar la visita. Fue la Mayor Elizabeth de incorporación quien percibió la unidad familiar y el apego institucional. Luego de rechazar los platos nuevos y pedirles que se retiraran la corbata prestada, se trasladó a la cocina a compartir con una familia que se sentía honrada de tener uno de sus hijos en la Policía; allí comieron en los trastos viejos de la cocina de los abuelos los manjares del departamento de Nariño preparados en leña.

En palabras de la madre: *“mi hijo era una persona cariñosa, responsable, hombre humilde, carismático, solidario, sin resentimiento ni rencores por nada”*. La humildad de este joven fue tan evidente que pidió a Ricardo, su padre adoptivo, que fuera él quien estuviera en esa foto tan esperada por todos los cadetes el día de la graduación; para que no desentonara en la fotografía, le acondicionaron el traje de la primera comunión. Esas cosas tan significativas se pasaban con risas y burlas, para hacer más llevadera la vida del campo.



ST. Carlos Daniel en la Banda
Municipal de paz

Con su hermano
tengo dos ángeles
que nos cuidan
desde el cielo



ST. Carlos Daniel , él párroco de Tuquerres y
su hermano Jaime Eduardo (q.e.p.d) día de la
confirmación. Municipio de Puerres.



S.T. César Alberto Ojeda Gómez

Cadete
CESAR OJEDA

Un relato de valentía y devoción

(...) Cuando detrás llega un muchacho y me coge la mano y me dice: "madre ¿Puedo decirle algo?" Y yo iba con María Fernanda y Lucerito, había un poco de gente ahí. César (el padre) estaba también a un lado; cuando este muchacho se bota de rodillas, coje mi mano y empieza a llorar, y yo me quedé mirándolo y me puse fue a orar y a pedirle a Dios. Me imaginé que era un cadete; yo dije, de pronto es un compañero de él que pues le dolió lo que pasó y pues vino a hablar conmigo; bueno, pues cuando ellas escucharon que él decía: "Te amo, madre; te amo, madre", tres veces, entonces ellas me voltearon a mirar y yo las miré y me dicen "mami, es Alberto".

Lucero Gómez Pérez, madre del ST. César Alberto Ojeda Gómez

En el corazón de una familia marcada por la ausencia, resuena el eco de una vida que, aunque truncada, dejó una estela de luz y coraje. César Alberto Ojeda Gómez, cuyo nombre evoca la nobleza de los antiguos emperadores y la ternura de un linaje arraigado en el amor, fue un joven cuya existencia se desplegó como un lienzo de virtudes y sueños.

Desde su más tierna infancia, César Alberto fue el reflejo de la valentía y la humildad, un espíritu respetuoso que danzaba entre los juegos y las risas de un hogar donde el amor era el idioma universal. Su familia, un ramillete de corazones encabezado por César Augusto (su padre) y compuesto por Lucero (su madre), Lucerito (la hija), César Alberto, a quien su padre le dice *santo ángel*, César Augusto, María, Lucía (la nieta) hija de Lucerito y Dulce María. Sus padres lo recuerdan como el líder indiscutible de primos y amigos, aquel cuya justicia y empeño en hacer el bien eran el faro que todos seguían.

En su vida cultivó pasión por los animales, una devoción que trascendía el simple cuidado para convertirse en un diálogo mudo pero profundo con criaturas que reconocían en él a un alma gemela. Su amor por los caballos

era particularmente notable, una conexión que iba más allá de la equitación para rozar lo espiritual.

César Alberto nació en el seno de una familia que lo describía como un niño cariñoso y obediente. Su amor por los animales y su participación en una hermandad religiosa desde temprana edad delinearon los contornos de su personalidad compasiva y su espíritu de comunidad. Desde sus primeros años escolares, se destacó en educación física y religión, reflejando su compromiso con los valores de disciplina y fe. Su familia recuerda que era un ser humano ejemplar, cuyas acciones estaban guiadas por la valentía, la humildad, el respeto y la justicia.

La Semana Santa era otro de sus refugios sagrados; un tiempo durante el cual su fe y su dedicación a la hermandad de los nazarenos se manifestaban en cada paso, en cada gesto de penitencia y amor divino. La imagen de César Alberto, con la mirada alzada al cielo y el corazón entregado a la devoción, quedó impresa en la memoria de su comunidad como un testimonio de su espiritualidad.

Pero no solo de fe y animales vivía el joven César. Su vida profesional, aunque apenas desplegando sus alas, mostraba la misma ética y compromiso. Como conductor, su responsabilidad y cuidado eran el espejo de su constante deseo de excelencia y protección que ofrecía a cada pasajero que se confiaba a su cuidado. Su familia lo veía como un guardián moderno, un caballero de la carretera que, con su sonrisa y su mirada atenta, prometía un viaje seguro y sereno.

La vida de César Alberto, sin embargo, estaba destinada a tomar un giro más institucional. La vocación de servicio, que había sido una constante en su vida, lo llevó a considerar la carrera policial. Su padre, César Augusto, recordaba con orgullo y dolor el momento en que su hijo, enfrentado al cese de su trabajo como conductor, decidió que quería ser policía. A pesar de las reticencias iniciales, César Augusto sabía que su hijo tenía *"berraquera"*, esa valentía y coraje que lo hacían destacar. *"Él tenía vocación también para la policía"*, afirmaba Lucero, su madre, con una mezcla de admiración y nostalgia.

1. Entusiasmo, excitación, compromiso.

Los amigos de la infancia y juventud, como Javier, Orlando y Daniel, eran testigos de su espíritu inquebrantable y su alegría contagiosa. Juntos compartían anécdotas y juegos, especialmente el fútbol, donde César Alberto brillaba con una felicidad pura y genuina. Era en esos momentos de camaradería y risas cuando su luz interior brillaba con más fuerza, y donde su familia lo veía más vivo y pleno.

La decisión de César Alberto de unirse a la Policía Nacional fue un acto de valentía que su familia apoyó con reservas. Su padre, consciente de los desafíos y peligros de la profesión, insistió en que, si su hijo iba a servir, debía hacerlo como oficial. Con el apoyo incondicional de su familia, César Alberto presentó una de las mejores carpetas y se embarcó en la carrera que tanto anhelaba.

La tragedia, sin embargo, no tardó en llegar. La muerte de César Alberto en el cumplimiento de su deber fue un golpe devastador para la familia con una violencia inesperada, dejando un vacío imposible de llenar. La noticia de su muerte cayó como un manto de desolación sobre aquellos que lo amaban. Su madre, Lucero, recuerda con lágrimas en los ojos aquellos días oscuros, donde la esperanza parecía haberse extinguido junto con la vida de su amado hijo.

Sin embargo, en medio del dolor más profundo, la familia de César Alberto encontró consuelo en sueños y visiones que les aseguraban que su hijo y hermano estaba en un lugar de paz. Lucero, con el corazón roto, recibió mensajes a través de sueños en los que él le mostraba que no había sufrido en sus últimos momentos y que ahora se encontraba en un reino de Dios Padre, rodeado de belleza y serenidad, vestido de blanco y acompañado por seres angelicales.

María Fernanda, la hermana de César Alberto, también encontró alivio en sueños donde su hermano le confirmaba su felicidad. Ella enunciaba que la comunicación a través de los sueños era una misericordia divina. Estas experiencias espirituales se convirtieron en un bálsamo para el alma de la familia, dándoles la fuerza para seguir adelante con la certeza de que César Alberto estaba en un lugar mejor.

César Augusto, su padre, recuerda con orgullo el amor de su hijo por los caballos, especialmente uno en particular que era conocido por su temperamento arisco. Sin embargo, este caballo solo mostraba docilidad y afecto cuando estaba con César Alberto, una prueba más de la conexión especial que tenía con los animales y la naturaleza.

Su historia es una narrativa de amor, valentía y fe. Su vida, aunque corta, fue intensa y llena de significado. Su legado perdura en los corazones de su familia y amigos, quienes lo recuerdan como un joven lleno de vida, con una sonrisa que iluminaba las sombras y una valentía que inspiraba a todos. Queda en la memoria de aquellos que lo conocieron como un joven que con su partida dejó un legado de amor y servicio inquebrantable.

En los momentos de recogimiento y oración, César Augusto y Lucero encuentran consuelo en la certeza de que su hijo fue un ser de luz, cuya misión en la tierra, aunque breve, había sido cumplida con honor y abnegación. Su imagen, vestido de blanco y rodeado de una naturaleza celestial, se convirtió en un símbolo de paz y esperanza para su familia. Lucero, con la voz quebrada por la emoción, relata cómo las visiones de su hijo le aseguraban que él estaba en un lugar de felicidad eterna, donde el sufrimiento y el dolor no tienen cabida.

El legado de César Alberto se teje en las historias y recuerdos de aquellos que lo conocieron y amaron. Su valentía, que lo llevó a enfrentar desafíos con una sonrisa, su humildad, que lo mantenía con los pies en la tierra, y su respeto y justicia, que lo convertían en un faro de esperanza, son las cualidades resonantes en las palabras de su familia y amigos.

Las experiencias sobrenaturales que compartió la familia, los sueños en los que César Alberto les aseguraba que estaba bien, y los mensajes de consuelo que recibieron, todo envuelto en un mensaje de amor y esperanza les otorgó una armadura contra el dolor. La familia Ojeda Gómez, a través de su fe y amor, ha mantenido viva la memoria de César Alberto, honrando su vida y su legado. En cada recuerdo, en cada historia compartida y en cada sueño, encuentran la fuerza para continuar, sabiendo que su hijo, hermano y amigo ha dejado una huella imborrable en sus vidas y en el mundo.



Cesar A. Ojeda (padre) ST. Cesar Alberto, Lucero Gómez (madre)

Un relato de valentía
y devoción



Homenaje en su hogar de la familia al ST. Cesar Alberto



S.T. Cristhian Fabian González Portilla

Cadete
CRISTHIAN GONZALEZ

El tiempo de Dios es perfecto

*Señor de los milagros, si me va a dar un hijo, démelo ahora
que todavía tenga el valor de verlo crecer, y, a los 9 meses
que vine donde el señor de los milagros, nació.*

Madre del ST. Cristhian Fabián González Portilla

Esta historia inicia a partir de la unión de don Edmundo y su tierna esposa, Lidia, quienes se enamoraron y bendijeron su unión en Pasto, Nariño. Desde entonces, siempre estuvieron juntos y con la gran ilusión de ser padres, pues en los dos casos venían de familias muy numerosas. Edmundo tenía seis hermanos, cada uno con más de tres hijos, y Lidia tenía diez; en ese entonces, en la región, los hijos eran la esencia de cualquier familia y el principal símbolo de felicidad. Sin embargo, para los protagonistas de esta historia fue muy difícil cumplir el sueño de procrear.

Edmundo recuerda que: *"tuvimos cuatro abortos, después ya nos dedicamos a hacer un tratamiento a ella, mi señora, y ya logramos"*. Lidia nunca olvida cómo la gente empezó a rumorar que traerían al Señor de los Milagros. Una vez les contaron que estaba de peregrinación; ella le pidió a su esposo, quien se dedicaba a ser conductor de taxi, que la llevara corriendo a la caravana acompañante. Cuando empezó la procesión y llegaron al parque, ella dijo: *"Señor de los milagros, si me va a dar un hijo, démelo ahora que yo todavía tenga el valor de verlo crecer"*, y a los 9 meses de visitar al Señor de los Milagros nació su primer hijo, Cristhian Fabián (siempre consagrado y devoto al Señor y a la Virgen).

Este hecho llenó de luz y felicidad a la familia, más cuando a medida que el niño iba creciendo mostraba lo que sería su personalidad y múltiples talentos. Desde muy pequeño empezó a tocar guitarra, después de que el papá le enseñó unos acordes; ellos venían de una tradición familiar musical que los inspiró a partir de notas de cumbias y ritmos de la región. Su papá lo recuerda así: *"él era más inteligente, aprendió más rápido y mejor que yo; cuando tenía 7*

1/2 u 8 años, ya punteaba". Así se ve en muchas de las fotos que engalanan la galería de los recuerdos familiares.

Pero la felicidad para la familia fue mayor cuando nació su hermana. Desde entonces, Edmundo y Lidia no pararon de trabajar y esforzarse para darles un hogar, no solo lleno de amor por esos hijos tan deseados y esperados, sino que pudieran proporcionarles una calidad de vida desde la humildad, pero con todo el amor.

Poco tiempo después ya tenían su casa y un taxi que se convertiría en el soporte de la economía familiar y con el cual Cristhian ayudaría, porque desde niño decía: *"Papito, yo le voy a ayudar a trabajar"*. Prontamente, Cristhian empezó a estudiar cerca de la casa en la escuela Club de Leones; llegaba a la casa a hacer sus tareas y se iba a jugar. Su mamá dice que era obediente, buen estudiante, inteligente en la matemática y no dio problemas porque *"él le ponía todo el amor a todo, le ponía empeño, era alegre"*. Además, ella insistió en que *"él no era de rabias, en lugar de nosotros darle consejos a él, él nos daba consejos a nosotros... era buenísimo. No es porque era mi hijo, pero era buenísimo"*. Su hermana recuerda que *"la felicidad era ir a visitar a nuestra Abuelita y compartir en el campo. En la finca que tenía ella, nosotros éramos felices jugando, porque entre familia jugamos mucho, a los policías y ladrones y prácticamente fue eso porque mis primos la gran mayoría son policías, de la familia de mi mamá. Entonces era nuestra alegría cuando mi papá decía vámonos a Nariño. ¡Ya nos vamos a Nariño, ya nos vamos a Nariño! (canción) y la cantábamos y éramos muy felices, esa era nuestra infancia"*.

En cada uno de sus relatos, su familia acaricia por momentos el sentimiento genuino frente a describir a Cristhian como un joven muy alegre. Dicen sus padres que no se le veía bravo y sabía echar chistes y los hacía reír a todos siempre. Así fue siempre con sus amigos, familiares y especialmente con los primos con quienes hacían música (cumbia, tropical, merengue y de su grupo preferido Los Hermanos Medina), y así nació su musical llamado *Calor Tropical*.

Le gustaba el deporte, el fútbol. Con los primos organizaban campeonatos, tenían su propio uniforme como equipo. A él le gustaba ser defensa, casi siempre cobraba los penaltis o tiros de esquina, dice su padre que porque era *"muy preciso con la cabeza y más porque medía 1,88"*. Venía de una familia de gigantes: tenía primos que pasaron los dos metros de altura. Además, su familia también venía de tradición policial. Cuando él decidió ser oficial de policía tenía la inspiración de siete primos policías, entre ellos dos oficiales,

quienes fueron su apoyo y consejeros a la hora de iniciar su proceso de incorporación después de graduarse del colegio como técnico industrial. Sin embargo, le gustaba la ingeniería civil, por eso se presentó a la universidad CESMAG y pasó para Ingeniería de Sistemas. Pero decidió ser policía. Con el ánimo de su primo capitán y el otro subteniente, ingresó con la meta de graduarse para ayudar a su familia. Su mamá recuerda que le decía: *"Yo quiero ayudar a mi papá y a usted, mamita, la voy a llevar donde usted quiera"*.

Su hermana recuerda que su frase preferida era: *"Mi Dios es perfecto y el tiempo de Dios es perfecto"*. Él decía eso siempre que la familia pasaba por algún problema; además respondía ante las dificultades: *"por algo debió pasar"*. Entonces, ahora ella les dice a sus padres diariamente, cada vez que el dolor, el sufrimiento, la tristeza y el llanto invaden: *"El tiempo de Dios es perfecto"*.

Regresando a los momentos memorables, su familia recuerda la última vez que fue de vacaciones a Pasto en diciembre, en plenos carnavales y se veía muy alegre; se echaban maicena, cariocas¹, polvos, estaba completamente feliz con toda su familia (primos, tíos, amigos, etc.). Y su madre, como siempre, le preparaba su plato preferido *"frijoles estilo paisa"*. Cuando él cocinaba le gustaba hacer Chichenio, que es el arroz con papa. Luego *"chocholeaba"*² a la mamá y le decía *"Mamita, hágame un chinchey"*, y ella a la carrera se iba a hacerle eso, porque a él le gustaba mucho. Después, cuando ya se tenía que regresar para la Escuela de Cadetes General Santander (ECSAN), su madre le decía: *"Estoy sola"* y él decía: *"no, mamita, usted está con Dios, está acompañada"*.

Seguidamente, su hermana recuerda el profundo amor que sentía por su hija Laura, que en ese tiempo tenía un poco más de dos años, y él era como un papá para ella; la amaba desde que supo de su embarazo, pues fue el primero en enterarse y por eso asumió hablar y mediar ante sus padres y les decía *"hagamos las cosas bien, tratemos de recibir este miembro de la familia muy bien, de la mejor manera, amándola, queriéndola mucho y dándole un hogar que se merece"*. Le dijo a doña Lidia: *"Mami, no la regañe, un hijo es una bendición de Dios"*. Fue siempre muy respetuoso, especialmente con las mujeres, *"él tenía mucha, mucha sororidad"* y con su sobrina asumió el amor y compromiso como si fuera él su padre. Desde que ingresó a la Escuela, cuando le daban permiso de salida, lo primero que hacía, según cuenta su hermana, era llamarla a ella. Por eso todos los sábados a las 9 de la mañana sabía que

1 Recipientes que lanzan espuma.

2 Molestar a alguien con peticiones.

era él quien le marcaba para saber de sus padres, de ella y especialmente de su bebé Laura, así lo describe: *"ya no lo escuché más, a mí me da muy duro porque él a las 9 de la mañana me llamaba; el día que pasó eso yo lo llamaba, yo lo llamaba y no me contestó"*.

Edmundo recuerda cómo fue el día que lo acompañó a la Escuela General Santander. Dice que primero estuvieron en una misa, luego el sacerdote empezó a mencionarles que ese día se despedirían de los nuevos estudiantes. *"Fue duro y lloramos. Nos dijeron 'ahora él se queda aquí y ustedes les toca irse, toda la gente botaba lágrimas y uno que era de aquí (Pasto), no había ido nadie a dejarlo, y yo estaba al lado de mi hijo, y del otro para no dejarlo solo, lo abrazamos para consolarlo... Mi hijo era duro para llorar, no lloraba... Cuando ya me despedí se estalló, se agarró a llorar solito, pues él era bien vivo, no lloraba delante de nosotros para no hacernos sufrir, pero cuando ya me vio salir se agarró a llorar"*. Esto le contó después a su madre: *"Mamita, lo más duro, lo más duro que me dio a mí fue la despedida de mi papá"*. Por eso, Lidia insiste en lo duro que son las despedidas, y dice: *"la despedida de la muerte sí es peor, porque la vida es enterrar a los papás, porque ese es el ciclo de la vida... Pero enterrar a los hijos, eso no...a mí me duele la despedida, pero más la ausencia"*.

Insiste entre lágrimas que días antes de su partida él le dijo que no tenía minutos, ni podían usar celular: *"'Mamita, mañana hay una celebración de un señor que se murió, una ceremonia; entonces, si usted prendiera el televisor a ver si yo salgo ahí. Yo por si acaso voy a estar con la bandera. ¡Yo soy de la guardia de honor!'". Y no me dijo más nada, me dijo, 'me voy porque ya me están llamando'. Esa fue la última comunicación, eso fue el día miércoles, el día anterior, y lo que pasó fue el día jueves"*.

Finaliza diciendo: *"mi hijo fue muy bueno, una persona maravillosa y que me hace muchísima falta, muchísima falta. Todos los días yo pienso y lloro y digo cómo sería mi vida con él, sería maravillosa; viví con él sólo 20 añitos (lágrimas). Saber que amaneció un día y ya no estaba"*.

A Cristhian, desde niño, le decían *"banano"* porque él era gordito; *"ve banana"*, le decían sus primos y seres queridos, *"vamos a esto"*, y él decía *"sí"*, a todo él decía así: *"¡Sí, vamos!"*. *"A jugar"*, *"¡Sí, vamos!"*; *"vamos a cantar"*, *"¡Sí, vamos!"*; *"vamos a tocar música"*, *"¡Sí, vamos!"* Entonces, llegó Dios, el 17 de enero muy temprano en la mañana; tocó su puerta y le dijo: *"¡Cristhian, vente para el cielo!"* y él dijo, como siempre, *"¡Sí, vamos!"*.



Celebración de navidad en la ECSAN

Grupo de estudiantes de la ECSAN junto al ST. Cristhian Fabian



El tiempo de Dios
es perfecto



S.T. Cristian Camilo Maquillon Martínez

Cedente
CRISTIAN MAQUILON

El sueño de construir futuro en la Policía Nacional

*Vamos pa' la playa, pa' curarte el alma,
cierra la pantalla, abre la medalla.
Todo el mar caribe, viendo tu cintura,
tú le coqueteas, tú eres bucabulla.
Y me gusta, lento y contento, cara al viento...*

Farruko y Pedro Capó

Fue una emoción enorme ir a la playa. La ciudad amurallada, Cartagena, le dio este gusto. Así, con la canción de Farruko y Pedro Capó compartía de este momento importante con su hermana Naudith Doria, quien era su compañera y su amiga. Manito y manita, como se decían de cariño, eran inseparables. Esa hermana que fue como su madre y cuidó de él desde muy pequeño.

Cristian Camilo. Su nombre lo eligió una de sus tías y gustó a toda su familia. Él respetaba y obedecía muchísimo a su padre, y jugaba con mamá. Al ser el hijo pequeño fue consentido, mimado y aunque papá siempre fue un hombre rígido, le "alcahuateaba"¹ por ser el último. Este joven creció entre fincas y animales de campo, enamorado de la naturaleza y de los caballos. Fue un niño alegre y feliz.

Milo, como le llamaba su mamá de cariño, era el nieto mimado de los abuelos, le gustaba estar en familia y tenía una relación amorosa y de confianza con sus hermanos, siempre pensó en ser alguien importante para poder ayudarles. Once hermanos por parte de su papá y tres de la unión entre ambos progenitores le enseñaron que los mejores amigos son aquellos quienes están genéticamente emparentados, pues este amor fraterno y lleno de picardías

¹ Consentir o mimar a una persona en exceso.

enseña y construye. Sentado en el suelo era feliz. Disfrutaba de una gallina, su plato favorito, y en medio de risas y alegrías dejaba mostrar su sencillez. El mejor regalo de cumpleaños era una de estas comidas en familia y uno que otro regalo que agradecía enormemente.

Este niño enérgico estudió en el Colegio del Sagrado Corazón en donde le inculcaron principios religiosos. Devoto se encomendaba siempre a Dios y disfrutaba asistir a la eucaristía acompañado de sus hermanas, la fe venía también de casa, pues un evento importante fue el bautizo a sus cuatro años, donde familiares fueron los padrinos. Entre oraciones, pedía que su juventud le permitiera trabajar para comprar su finca, aquella que anhelaba para su vejez, rodeado de caballos y cultivos.

Sus maestros le inculcaron el gusto por el deporte; entusiasmado con sus estudios, su asignatura preferida siempre fue Educación Física. Le gustó el fútbol, pero luego vio que tenía grandes habilidades para un deporte poco conocido, una mezcla de atletismo y lanzamiento: la jabalina; se encariñó con ella desde sus quince años. Este deporte lo llevó hasta el país del chile, las rancheras y de bandera rojo, blanco y verde: México; donde le otorgaron el segundo puesto por su participación. Fue así entonces coleccionando medallas obtenidas en competencias en varias ciudades del país y en el extranjero.

Además de desear destacarse en su deporte de barra larga, quería trabajar muy duro para comprarse una tierra rica que quedara a la orilla de la carretera, para que su padre solo tuviera que bajarse de su carro y llegar. Aunque él no alcanzó a ver este sueño en vida, su papá, con nostalgia en el corazón, disfruta de dos hectáreas que pudo adquirir luego del fallecimiento de Cristian Camilo. Este espacio es un homenaje a su hijo, al que recuerda todos los días.

Su madre, Noralba Martínez, lo describe como un hombre enérgico, trabajador y comprometido que quiso ayudar a su papá, pues preocupado por una adultez notoria, quería comprarle una casa para recogerse los dos. Era muy alegre, y siempre pensando en su salud y la de los suyos, era enemigo de cualquier vicio; de hecho, constantemente prefería una bebida sin alcohol a cualquier trago conocido.

Papá siempre se preocupó porque estuviera muy joven para tener novias, *"pero papá, para charlar con ellas, no para tenerla de novia"*; sin embargo, la respuesta del señor Urbano Marquilon era: *"Está muy niño, papi; está muy niño"*. Su hermana y su mamá sí conocieron a varias jóvenes que tuvieron una relación con Cristian; era noviero pero muy respetuoso, de visita en casa o salidas al parque. Al ser un hombre sencillo, alegre y cálido era atractivo para las mujeres. Siempre quiso construir un futuro, tener estabilidad económica, una buena vivienda y, solo después de esto, ahí sí poder casarse, porque creía en el matrimonio. Quería darle una vida digna y cómoda a quien sería su esposa.

Este hombre oriundo de Chigorodó, Antioquia, disfrutaba de la compañía de sus amigos, con quienes compartió risas, tiempos y hasta desamores. Aquellos que fueron su segunda familia y ue lo veían como alguien *"recochero"*² y amable. Respetado por sus compañeros, servicial y colaborativo, fue reconocido siempre como un buen confidente, leal y sincero.

Ya desde el colegio había querido ingresar a la Policía Nacional. Sin embargo, le preocupaba la salud de su progenitora, pues era nerviosa y temía por la seguridad de su hijo. *"El prácticamente lo hizo a escondidas de los papás, porque sabía que a su mamá no le gustaba por el miedo de lo que le pudiera pasar en la Policía. Una madre siempre busca proteger a sus niños, así ya sean adultos"*, comenta su hermana.

Comenzó a estudiar en la Escuela de Cadetes General Santander (ECSAN) y en casa seguían pensando que estaba desarrollando actividades exclusivamente deportivas, no sabían que estaba haciéndose una carrera y un camino en la Policía Nacional. Su hijo quería formarse para luego trabajar orgulloso con el uniforme. Su profesor, aquel que fue su confidente y lo impulsó en el deporte, le animó a presentarse y a confirmar que pertenecer a la institución era su vocación.

Cristian Camilo tenía dos opciones: ingresar a la institución o buscar hacerse futuro saliendo del país; sin embargo, optó por la primera, pues estaba convencido de que allí llegaría a cumplir sus sueños y su empeño le permitiría llegar alto. Comprometido, disciplinado y constante, comenzó a hacer los trámites que lo llevarían posteriormente a ingresar a la Escuela de Cadetes.

2 Persona alegre, alborotada y fiestera

Su hermana, que siempre sabía sus secretos, vio el empeño de su “manito” cuando empezó a organizar la carpeta para el ingreso. Siempre cuando salía a entrenar pasaba por su casa y tenía con ella un rato de amena charla, solo por el placer de compartir un rato juntos. Fue en uno de estos ratos cuando le comentó su interés por la Policía. No fue un proceso fácil. Debió buscar solo los recursos para presentarse, ya que la situación económica no era favorable en casa; además trasladarse a Medellín a la vivienda de otra de sus hermanas.

Todos sus esfuerzos cobraron frutos. Ingresó para hacer su carrera como oficial de la Policía Nacional. La relación con sus compañeros de curso siempre fue buena y se destacó por ser un gran deportista. Este amante de la salsa, tranquilo, alegre y jovial, poco a poco comenzaba a cumplir uno de sus sueños más grandes.

Llamaba ilusionado para contar anécdotas diarias. Con asombro relataba cada uno de sus nuevos aprendizajes, su relación cálida con sus ahora amigos de estudio, demostrando también cómo poco a poco respetaba profundamente la institución y a sus superiores. Este hombre de tez morena y enormes ojos negros, que enamoraban, anhelaba seguir estudiando, ascender en la Policía y, así, ganar el dinero suficiente para comprar una vivienda a su padre, ayudar a su madre y sus hermanos, construir un porvenir cómodo para sí, y tener una familia con la mujer que amara y escogiera.

La última vez que se vieron Cristian Camilo y su hermana él estaba nostálgico, casi taciturno. Cuando se encontraba tomando el bus, marcó el teléfono de su gran amiga y se despidió; su voz estaba entrecortada, como si en su corazón ya existiera la certeza de que no se volverían a ver. Se fue de su municipio para seguir estudiando.

La partida del hombre lleno de sueños dejó en su familia un vacío enorme. El deportista, amigo, hermano, hijo, desborda de recuerdos esas fincas llenas de caballos que tanto anheló. Aún le ven bailando salsa, comiendo gallina sudada en el suelo o lanzando su jabalina hasta el cielo. El menor de esta familia numerosa marcó a cada una de las personas que conoció y con él se fue la mitad de la vida de su madre y hermanos, así como la ilusión y el brillo en los ojos de su padre.

Naudith Doria Martínez (hermana), ST. Cristian Camilo



El sueño de
construir futuro en la
Policía Nacional



ST. Cristian Camilo



S.T. Diego Alejandro Molina Beláez

Cecilia
DIEGO MOLINA

Una vida de perseverancia y respeto

*Hola, mi amor hermoso, ¿cómo estás?,
te amo con todas las fuerzas de mi alma,
de mi ser y mi corazón; no sueltes
nuestras manos, rey de mi vida.*

Diego Molina, padre del ST. Diego Alejandro Molina

Lleno de amor creció Diego Alejandro, y el respeto que profesaba por sus seres queridos hacía de él esa persona que a todos caía bien. Sociable y amable se ganaba el corazón de aquellos a quienes conocía. Nació en Pereira, en el seno de una pareja que deseaba construir una familia creyente y con valores. Papá, lleno de sorpresas, buscó primero un pequeño apartamento en el centro de la ciudad cerca de toda la familia; sin informarle previamente a Claudia —su esposa—, la llevó y le entregó las llaves de su nuevo hogar. Estos fueron cinco años maravillosos donde no solo Diego Alejandro dio sus primeros pasos, sino que empezó a ver el valor de la familia. Este niño de nombre compuesto por el de su progenitor y el gusto de mamá era fruto de ese amor.

Tiempo después, nuevamente con la intención de conseguir mejor calidad de vida para su familia, papá compró una casa en Alfa, un espacio que además se abría para recibir al segundo hijo. Allí los niños serían muy felices, en medio de partidos de fútbol, recorridos en bicicleta, hazañas en patineta y llenos de amigos; su hogar estaba rodeado de calma y valores. Con su "*Tranquilo pa, tranquilo*" demostró siempre cómo seguir los consejos de sus padres y poco a poco brilló esa personalidad arrolladora que evidenciaba el hombre de bien que fue.

En familia siempre celebraban los cumpleaños; torta y partido de fútbol era la fiesta perfecta para ver pasar del niño al adolescente. Compartían juntos

y creían en el amor como pilar fundamental. De allí que cualquier oportunidad para estar juntos era aprovechada, las vacaciones eran esperadas para viajes a Nuquí en avioneta, a Cartagena para disfrutar de la playa que tanto gustaba a Diego Alejandro, o almuerzos de domingo llenos de bandejas paisas, espaguetis o sushi.

El amigo constante fue su hermano menor, compañero de juegos y dueño de sus más íntimos afectos, con el que empezó a evidenciar su personalidad social y amigable y a quien en todo momento mostraba su permanente sonrisa.

Su segunda casa fue el colegio La Salle, que desde primero de primaria lo vio formarse y se convirtió en el complemento adecuado para la educación recta que en casa venía recibiendo. Encantado con Educación Física y Religión, creció no solo su cuerpo, sino su dedicación académica. Precisamente en esos años escolares descubrió su pasión por el fútbol, pues este joven atlético y atractivo siempre fue un gran deportista. Cuando llegó al grado décimo decidió jugar con el equipo Maracaneiros y tuvo que trasladarse a Bogotá; fue una dicotomía difícil, pero este joven perseverante dejó su casa y a sus padres llenos de lágrimas, para cumplir uno de sus sueños. Con 16 años, fue el jugador más joven de la copa Pereira.

Estando en Maracaneiros se le da la oportunidad de viajar a Estados Unidos. Aunque previamente en familia habían intentado sacar la visa sin resultados positivos, Diego Alejandro con sus enormes capacidades en el deporte logró viajar allí. Vio esa parte del continente americano que no conocía y se enamoró de ella. Volvió a Colombia a terminar sus estudios de bachillerato, pero siempre con la idea de jugar en el país anglosajón; así regresó por segunda vez. Entonces, se comprometió no solo a ser un excelente deportista, sino a aprender inglés y para esto cursó, por voluntad propia, los últimos dos grados en el país extranjero. Luego de jugar una copa volvió a su amada Colombia, pues no deseaba estar lejos de su querida familia.

Hincha fiel de Ronaldo, buscó seguir abriéndose camino en el fútbol e ingresó al equipo de Millonarios y luego al Medellín, pero cuando ya creía que este espacio era suyo, otro joven, con 4 centímetros más de los 1,82 m de Diego Alejandro, le arrebató su lugar. Fue decepcionante pero este hombre,

que es hoy aún la foto de perfil de tíos y familiares, tenía muchos sueños por cumplir e ilusiones que le harían brillar.

Dedicado y disciplinado, todo lo que se proponía lo lograba. Desde pequeño jugaba a ser policía y esta fue su meta luego de que el balón le fuera esquivo. A papá y mamá, que les llenaba el corazón ver la euforia de su hijo cuando la respuesta que recibía era un sí, lo único que les importaba fue apoyarle en lo que sería su más grande sueño.

Este caballeroso joven, siempre de buen genio y alegre, ingresar a la Policía Nacional.

Organizó la rigurosa carpeta que le permitiría surtir cada uno de los pasos para ser aceptado. Su mayor ventaja fueron las pruebas físicas, pues por ser "tremendo" deportista siempre sobresalía, y esto lo hizo obtener el mejor puntaje de Risaralda. Luego, vino la entrevista; Diego Alejandro resaltó y fue admitido en la Escuela de Cadetes General Santander (ECSAN). Al verse en la lista de aceptados, la ilusión le inundó y fue el primer paso para cumplir su sueño de ser general en la institución.

El maravilloso ser humano, consentido por todos y que con el respeto que le caracterizaba se ganaba el amor de quienes le conocían, ingresó con el sueño de ser un agente de cambio para el país, contribuyendo desde su labor y portando con orgullo el uniforme. Este mismo que le hacía ver tan guapo¹ y llamaba la atención de jóvenes mujeres dentro y fuera de la institución. Pese a su atractivo arrollador, fue siempre respetuoso con las mujeres, de pocas novias y muchas amigas, siempre estuvo centrado en sus objetivos.

Era un hombre muy sano, una persona de fe evidenciada en su colección de medallas y escapularios, que en su corta vida logró todo lo que se propuso. Vivió inclusive experiencias a las que por curiosidad llegó y le marcaron, mostrándole que la disciplina era el camino, una ruta que siempre lo llevaba hacia la Policía Nacional.

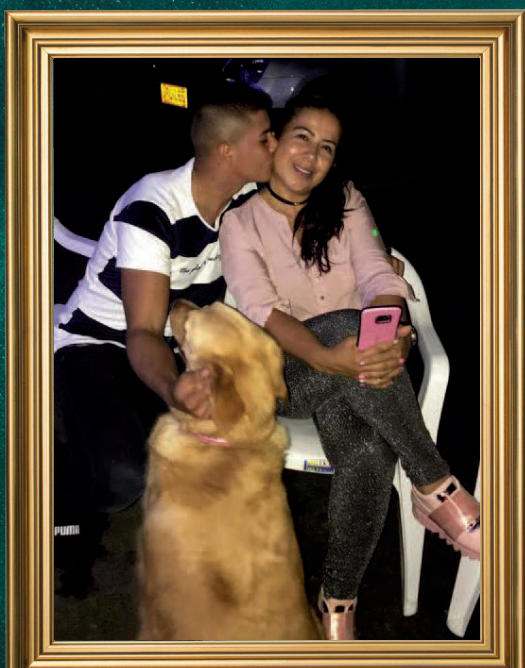
1 Bien parecido, acicalado.

Los días en la Escuela de Cadetes estuvieron llenos de aprendizajes. Al poco tiempo ya era brigadier de su compañía, por lo que sus superiores veían en él a un futuro general. Resaltaba por su don de gentes, por su liderazgo y respeto que permitía inspirar autoridad. Él y su familia estaban llenos de orgullo.

No todo fue fácil, pues alguna cadete más antigua, sin que Diego Alejandro tuviera muy clara la razón, empezó a ponerle tareas adicionales, haciendo que sus días fueran agotadores; sin embargo, con ayuda de un superior, eso no volvió a suceder. Su empeño por ser el mejor seguía intacto y su carrera avanzaba satisfactoriamente.

Todo lo que se proponía se convertía en un reto. En la Escuela se enamoró de la banda; allí le encantaba la trompeta. Sin embargo, Diego nunca había estudiado música y mucho menos había aprendido a tocar el instrumento de viento con sonido de autoridad, pero su interés era más fuerte que las barreras que encontraba. Es así como, en el mismo momento en que tuvo un espacio de vacaciones, empezó a tomar clases. El horario disponible del profesor que consiguió su papá para ayudarlo en su proceso de aprendizaje era de 5:00 a. m. 7:00 a. m., y lo que para muchos hubiera sido desmotivante, para él solo fue la forma de ingresar a su anhelado grupo musical. Pasaron las semanas y ya podía tocar a dúo con quien fue su mentor, haciendo salir del instrumento tonadas melodiosas. Su esfuerzo y constancia le permitió ser el trompetista de la banda de la Policía.

Recordar a Diego Alejandro es observar un mundo maravilloso, una persona especial y respetuosa que nunca dudó en ayudar a los otros sin juzgar, un hombre excepcional guiado por la Urbanidad de Carreño. Un niño feliz que disfrutó cada instante de su vida, de la Policía y de su uniforme. Un ser amoroso que tiene un espacio invaluable en los corazones de quienes le conocieron, un atractivo joven soñador cuyo objetivo era, desde la Policía Nacional, hacer de Colombia un país mejor, en palabras de su padre: “un diamante en bruto”



ST. Diego Alejandro, Claudia P Peláez (madre)
y su (mascota)



Una vida
de perseverancia
y respeto

ST. Diego Alejandro



S.T. Diego Alejandro Pérez Maricón

Cacete
DIEGO PEREZ

Cuando Diego Alejandro me abrazaba, yo sentía que podía con este mundo y con otro

*Si hoy estuviera vivo, sería un gran oficial...
donde esté hoy, sé que está contento y feliz
porque a su corta edad fue lo que quiso ser.*
Yasmin Alarcón, madre del ST. Diego Alejandro Pérez Alarcón

Esta bonita historia empieza con Diego Pérez, que trabajó 24 años con la Policía Nacional (a partir de ahora PONAL). Luego de varios traslados a Arauca y a Bogotá, entre otros, finalmente fue destinado al Valle, su departamento de origen, para estar cerca de su padre (el señor se encontraba muy enfermo y pronto dejaría de estar con la familia). Esta situación le obligó a querer estar más cerca de su madre y hermanos. Allí llegó al corregimiento Primavera, donde pronto conoció a una hermosa mujer, ¡Yasmin!; ella se convertiría en la mamá de su hijo. Diego dice que fue: *"amor a primera vista, así la gente a veces no crea que sí existe"*. Producto de ese amor nació Diego Alejandro, en Bolívar, Valle, pero fue criado en Primavera. Meses después siguieron los traslados y la familia lo acompañó, como ocurre con cualquier familia de militar o policía; expresa Diego con gran espontaneidad que fueron muy felices; así mismo lo describe Yasmin: *"duró poco, pero fue bonito"*.

Durante ese tiempo, siempre estuvieron juntos dándole todo el amor a Diego Alejandro (siempre lo llamaron por sus dos nombres). Luego de la separación acordaron que el niño se quedaría con su padre y durante esos años vivieron con su abuela paterna, sus tíos Hernán y Yaneth y poco tiempo con su tío Jairo y su esposa Mery; entre todos, ayudaron a construir grandes valores y sabiduría en Diego Alejandro, como por ejemplo que siempre dijera: *"las cosas se hacen bien o no se hacen"*.

Para seguir a su padre tuvo que estudiar en varios colegios. Diego recuerda que su hijo no fue el más aplicado ni el más ordenado con el estudio, pero no le

asignaban castigos porque respondía y cumplía. En eso coincide Yasmin cuando dice entre risas: *"fue terrible, era muy perezoso y recochero, pero cuando se lo proponía lo hacía bien. Por eso cuando iba a presentar el ICFES sabía que debía sacar un buen resultado y así fue"*. También tuvo grandes amigos como Johan (polifacético), su gran y eterno mejor amigo Camilo (Biomédico), Diego (comerciante) y su primo Juan Esteban; todos son *"muchachos de bien, igual que mi hijo"*, porque Diego Alejandro tenía valores, era leal, perseverante, honesto. Fue callado, pero cuando tenía que servir o ayudar lo hacía desinteresadamente; por eso a veces manifestaba miedo de no poder servir a la comunidad como se necesitaba.

Le gustaba mucho el fútbol, los amigos dicen que pateaba muy duro; recuerdan que un día pateó tan fuerte que nunca encontraron el balón. Fue hincha del América de Cali, como su padre. Aunque tuvo que vivir la separación de sus padres, prontamente llegaría una de sus más grandes alegrías: el nacimiento de una de sus hermanas menores (hija de Yasmin y James) y luego su otra hermanita (hija de Juan Diego y Alejandra). Es importante destacar que sus padres y parejas han tenido una buena relación y eso hacía que Diego Alejandro siempre sintiera que tenía dos familias donde era amado y siempre bien recibido. Sus padres coinciden en que desde pequeño siempre decía: *"yo sé que mi mamá y mi papá van a volver"*. Hasta después de grande seguía molestando a su padre putativo con esa expresión, tanto que su última navidad en las vacaciones antes del hecho victimizante, le dijo a su padrastro: *"¿adivine qué deseo pedí de navidad?"*; a lo que James le respondió: *"que su papá y su mamá vuelvan"*, y fue muy divertido para toda la familia.

Jazmín tenía una hija mayor y después de Diego Alejandro nació su hermano Sebastián; por último, su hermanita menor. Con todos siempre se la llevaba muy bien; eran como niños pequeños jugando cuando estaban juntos. Su madre recuerda que siempre era alegre y recochero, pero era muy especial la forma de procesar su tristeza; lo hacía *"haciendo aseo, subía sillas y arreglaba toda la casa. Ahí todos sabíamos que algo le había pasado... Lo bueno era que rápido se le pasaba y seguía con su recocha"*. Así mismo, su madre dice que a los *"muchachos"* a veces les da pena besar a su mamá, pero *"mi muchacho era diferente, siempre me entendía, me besaba, me daba todo el amor... era demasiado especial, tanto que cuando Diego Alejandro me abrazaba, yo sentía que yo podía con este mundo y con otro"*.

Cuando se le pregunta a Diego cómo fue ese proceso de su hijo para ingresar a la Escuela de Cadetes de Policía General Santander (ECSAN), él se pone

cómodo y con un especial brillo en los ojos, empieza a contar que primero se presentó a la policía y no pasó, luego a la Fuerza Aérea y pasó *"pero no teníamos todo el dinero que pedían tener en la cuenta bancaria"*, por lo cual decidieron que lo mejor era que ingresara a la Universidad del Valle por su buen puntaje del ICFES, pero Diego Alejandro terminó escogiendo ingresar a la PONAL como auxiliar bachiller en el municipio de Tuluá. Cuando finalizó su servicio militar, le dio la gran noticia a su padre de que iniciaría su carrera como ingeniero forestal; ante ello, su padre, emocionado, consiguió el dinero para que iniciara trámites de matrícula. Días después, se enteraron de que con ese dinero había hecho el proceso de inscripción; *"compró carpeta"* para iniciar proceso de incorporación como oficial de policía. Por consiguiente, su padre le hizo el respectivo llamado de atención y el joven le respondió: *"Papá yo quiero ser policía, yo soy policía"*. Ante esas palabras, hoy su padre dice que: *"A pesar de que su sueño quedó truncado, logró ser lo que él quería ser"*. Así mismo, recuerda que fue una época muy dura porque económicamente tuvieron que hacer grandes sacrificios, pero afirma que son muy creyentes y siempre Dios ha estado presente. Prueba de ello fue *"que todos mis hermanos, mi madre, mis amigos... a pesar de que todos somos de familia humilde, me ayudaron y recogimos todo lo que se necesitaba para matricularlo y todos los gastos necesarios"*.

Queda claro que Diego Alejandro siempre quiso ser policía; su madre refiere que *"a él desde niño se le veía la admiración por su papá"*. Por ese amor que siempre profesó por su Policía Nacional, siempre contaba cosas maravillosas de su experiencia en la ECSAN. Describía con gran fascinación cómo había sido seleccionado para la guardia de honor y en la tuna; por eso vivía entre tantas actividades. También relataba que no tenía problemas con nadie y siempre se refería a sus compañeros como *"sus hermanos"*; además, decía que no le gustaban las injusticias. Así lo comprobó cuando su mejor amigo en la ECSAN, el entonces Cadete Aguilar, y, luego, su compañero Zambrano fueron a entregar el cuerpo de Diego Alejandro y a acompañarlo al sepelio, respectivamente; contaron hermosas anécdotas. Para la muestra, un día tenía que llamarles la atención a unos estudiantes menos antiguos, pero él dijo que no *"que no le gustaba hacer lo que no quería que le hicieran"*. No le gustaba voltear a nadie innecesariamente y, si le tocaba, ayudaba a sus compañeros a hacer los trabajos.

En fin, dice su padre *"fue, creo yo, un gran ser humano, porque con este ejemplo se puede ver que en la Escuela donde todos se la montan a todos, y que sus compañeros cuentan que él no era así; habla de su don de gente... Si hoy*

estuviera vivo sería un gran oficial... Donde esté hoy sé que está contento y feliz porque a su corta edad fue lo que quiso ser". Recuerda Juan Diego cómo su hijo solo quería hacer las cosas bien: "todos cuando entran a la ECSAN quieren ser generales, directores de policía; pero mi hijo no decía eso, decía que quería ser el mejor".

Finalmente, al preguntarle a Jazmín cuáles eran los gustos de Diego Alejandro, ella dice que sus grandes placeres eran el fútbol, nadar, la música, la recocha y tomarse unos aguardientes antioqueños; era fan, como el papá, del América y disfrutaba comer "mucho, mucho, muchísimo arroz, huevo frito y tajadas...". Hace una pausa y dice: "la última vez que vino yo sentía que me miraba raro — no sé si las personas sienten que se van a ir— y me dijo: '¡pobrecita mi viejita!' y también me dijo 'mamá, voy a extrañar muchos sus desayunos'". Ella también recuerda cómo en su última visita le contó que estaba muy enamorado de una compañera más antigua y que soñaba con tener un hijo y vivir tantas cosas con ella. Solo tenía 22 años y "le truncaron sus sueños". Son tantas cosas las que se escuchan de Diego Alejandro y se puede percibir lo especial que fue para toda su familia y, como era de esperarse, para sus padres. Por eso es tan doloroso escuchar que su madre diga: "hace más de un año no he sido capaz de ir donde él está, porque siempre que iba me quedaba hasta la noche, porque sentía que no lo podía dejar solo ahí. Por eso el psiquiatra me lo prohibió (volver)".

Su madre cierra esta entrevista entre profundos sollozos, describiendo lo difícil que ha sido para las dos familias. Siempre reconoce el eterno agradecimiento a la familia paterna por haber sido tan especiales con Diego Alejandro; así mismo, cuenta cómo sus dos hijas han presentado cambios emocionales y de ánimo. No es para menos porque él era "feliz, siempre estaba feliz, nunca se le veía bravo; vivía muy pendiente de toda su familia, de sus hermanos, de todos". Y cierra diciendo: "ojalá y siempre lo describan tal cual era, con su humildad, la tranquilidad que él transmitía". Su madre, en su infinito amor, escribió un poema para su Diego Alejandro:

POEMA DE UNA MADRE

Un hijo no muere...
Mientras se le siga amando
Mientras se le recuerde siempre
Mientras se honre su memoria
Mientras se continúa, a pesar de tener el corazón roto.
Mientras sonrías, por todo el amor que dejó en ti.
Mientras llores, porque llorar también es amar... Porque un hijo
jamás muere, solo cambia de casa, y pasa a vivir en nuestro corazón eternamente.



ST. Diego Alejandro - ST. Sebastián (hermano),
Ginna Marcela, y María Camila (hermanas)



ST. Diego Alejandro y su abuelita
Mariela Ossa



Cuando Diego Alejandro
me abrazaba sentía que
podía con este mundo
y con otro



S.T. Diego Fernando Martínez Galvis

Cadenia
DIEGO MARTINEZ

La risa siempre a unido a la familia; nos reímos por todo

Mi hermano fue el regalo de cumpleaños que le pedí a mi mamá. El compromiso que nunca cumplí era que le iba a cambiar los pañales; ese era mi niño.

José Luis Martínez, hermano del ST. Diego Fernando Martínez Galvis

En la vía que de Bucaramanga conduce a San Gil, está el peaje de Curití; allí se crío el ST. Diego Fernando Martínez Galvis, pero nació en San Gil. En el sector está la casa paterna, el epicentro de varias donde aún hoy vive gran parte de la familia. Nuestra visita para hablar de la vida de Diego fue un motivo de evocación, plena de anécdotas divertidas y sobre todo risas; nunca imaginamos una reunión cargada de tanta risa y afectividad, en memoria de un ser que dejó una huella imborrable en sus vidas.

Dieguito o Fercho, como le decían en casa, era el menor de cinco hijos y se "coló" luego de once años de haber nacido José; por cierto, cumplen años con un día de diferencia. Su nacimiento se convirtió en todo un acontecimiento, según sus hijos ya adolescentes. La sra. Mercedes no tendría más hijos; su hermana mayor ya tenía 16 años y José, 11. Por eso la llegada de un bebé a la familia fue toda una experiencia nueva. Así, Fercho muy rápidamente se convirtió en el centro de todas las atenciones y el consentido de hermanos y padres.

Siempre fue un estudiante del promedio; cumplía sus deberes bajo presión, es decir, cuando ya se acercaba la hora de la entrega de los trabajos, en poco tiempo los terminaba y enviaba. Se destacó siempre por su gran habilidad para los sistemas. También sobresalía en el inglés, idioma que le gustaba por ser la lengua original de su música preferida —el rock y el metal—, y era realmente bueno en español, comenta la familia.

Su habilidad fue destacada para la electrónica, la que aprendió empíricamente. Su gran afición era armar y desarmar su computador hasta hacerlo funcionar; lo mismo sucedía con los equipos de cómputo de sus amigos policías de carreteras que le llevaban para que los reparara y, así, ganarse unos pesos. Esta afición la tuvo desde pequeño. Cuando llegaban a la zona los técnicos de las empresas de telefonía, siempre estaba al lado de ellos aprendiendo y viéndolos trabajar; *“era algo natural para él”*, relata su hermana Claudia.

Por su constante deseo de conocer cosas y ver su funcionamiento, aprendió a despinchar carros, motos y con esto también a producir plata para salir con su novia o ir a visitarla a Curití. Era muy creativo. A todo quería construirle algo que agilizara su funcionamiento o, como decía de pequeño, hacer *“tlampas”*; era un MacGyver. Por eso era tan aficionado a ver los canales de ciencia, como Discovery Channel.

Fue muy feliz, un niño lleno de amor y cariño por todo y todos. Por eso, cuando la familia le donó a la policía su mascota —Duke (perro)—, por considerar que era de raza violenta, no paró de llorar en dos días hasta que su hermano decidió llevarlo en moto al municipio de Jordán, distante a dos horas de casa, para traerla de nuevo a su hogar. Esa mascota fue su sufrimiento cuando murió; *“realmente le dio muy duro”*, relata con tristeza su hermana.

A diferencia de muchos jóvenes de su edad, era un gran conversador. Le encantaba conversar con todo el mundo, incluso con los caminantes que pasaban frente a su casa; se sentaba a preguntarles cosas y así de fácil hacía amigos. Amante de la velocidad de las motos, disfrutaba esa sensación de libertad; tal afición lo llevó a hacer un curso de mecánica de motos, para estar cerca de ellas. Entre otras habilidades, dibujaba en gran tamaño —en su casa se pueden apreciar varios de sus cuadros— y llevaba consigo un cuaderno de sus bocetos; adicionalmente, coleccionaba las películas de Dragón Ball. Fue un joven como todos sus primos y contemporáneos, como su gran amiga y sobrina Ginna, que fue su cómplice de todas las picardías de niños, adolescentes y jóvenes.

Su gran amor fue siempre su familia, pero su felicidad era ver reír a su hermano José. Desde muy pequeño le reclamaba a su sra. madre por qué el

hermano mayor no le decía hermanito; cada cosa que hacía, cada nueva aventura o cada video nuevo que encontraba se lo enseñaba primero a su hermano, que se reía y, de una vez, estallaban en carcajadas juntos. Al entrar a la adolescencia y dado su porte desgarbado y el cabello largo, José le decía *"la mechuda"*. Siempre conservó el cabello largo hasta el día que debió presentarse a prestar el servicio en la Policía; ese día le dijo a su hermana Sandra: *"bueno, ahora sí le voy a dar gusto; córteme el cabello"*. Eso se convirtió en todo un acontecimiento para la familia, incluso pueden recordar el momento con un video y fotografías.

Lo que más disfrutaba Diego Fernando, como gran parte de las familias santandereanas, eran los paseos al río: había baño, juegos y, desde luego, una olla de sancocho; a estas salidas iban todos: padres, hermanos, esposos de las hermanas, sobrinos y primos. Por ser el menor disfrutaba tanto con sus hermanos como con los sobrinos, siempre respetuoso y muy alegre. Pero no todo era goce, también tenía una profunda fe y devoción, la cual demostraba asistiendo a la eucaristía y acompañando a la familia a rezar el santo rosario. En las festividades de navidad y año nuevo era obligatorio, antes que cualquier otra cosa, asistir a escuchar la palabra de Dios.

Los amigos de infancia y juventud de Fercho siguen comunicándose y pendientes de la familia; además, ya varios de ellos han terminado sus estudios profesionales o han emprendido proyectos de vida. Ángel terminó ingeniería financiera, Dubán logró titularse como ingeniero eléctrico, Johan reside en los Estados Unidos; es decir, cada uno de ellos, por tratarse de personas jóvenes, con metas y propósitos, caminan la senda que a Fernando le fue truncada.

Al preguntarle una profesora sobre cuál sería su futuro tras graduarse del colegio, Diego le respondió sin titubear que iba a ser oficial de policía. Pero no todo fue fácil; primero decidió prestar el servicio en la Policía, vio que era una gran familia, que había estabilidad y compañerismo y decidió empezar todos los trámites para ir a la Escuela. Allí surgió el segundo desafío: conocer que las jornadas académicas son más intensas, con horarios ininterrumpidos desde las 7:00 a. m. hasta las 6:00 a. m. o 7:00 p. m.; además del ejercicio físico matutino. Pero su argumento fue contundente: *"para eso voy a estudiar lo que me gusta"*. Relata su madre con una sonrisa.

El más grande desafío fue conseguir el dinero para pagar su ingreso y cumplir toda la demanda de inicio en la Escuela. Para eso, su padre, que tenía un lote de tierra pequeño desde hacía varios años, finalmente decidió venderlo y cumplir esta meta familiar. Para los Martínez Galvis nada ha sido fácil; el solo hecho de ir a visitarlo o acompañarlo en las fechas especiales de la ECSAN era casi imposible, debido a que deben atender su pequeña tienda. La distancia y el tiempo que demanda ir a la capital impedían que se reencontraran, dado que trabajaron duro para ayudar con los pagos que demanda tener un hijo en la Escuela de Oficiales de Policía. Quienes lo acompañaron en su incorporación fueron sus grandes amigos, la familia Galvis Argüello.

En la General Santander, se convirtió en madrina de un grupo de cinco cadetes la abuelita del ST. Juan Esteban Marulanda (q. e p. d.). Ella, cada vez que llevaba alimentos para su nieto, invitaba al grupo de amigos; muchos de ellos, por carencia de dinero, no podían tener frecuentemente a sus padres o familia en la capital, acompañándolos. El grupo de santandereanos le decía la “nonita”¹, relata con nostalgia doña Mercedes.

Dada su responsabilidad —en todas las áreas de su vida, incluso en el interior de la Escuela—, nos dejó sus botas perfectamente brilladas y una carrera como oficial de alto rango truncada; pero, sobre todo, la voluntad de proteger a su familia desde el cielo. Su meta era ser un piloto de la Policía Nacional. No pudo cumplir la promesa de ayudar a toda su familia, comprarles la casa a sus hermanas, evitar que sus padres siguieran trabajando y, sobre todo, comprar ese televisor de 50 pulgadas y la colección completa de Elif, la novela preferida de su sra. madre, para que nadie la interrumpiera. Al cierre de esta entrevista, su familia nos comparte el epitafio que reza:

No es un adiós; es un hasta luego, porque siendo el más pequeño te fuiste como el más grande. Nunca faltó una de tus ocurrencias con las que nos hacías reír. A Dios agradecemos el tiempo que contigo pudimos compartir. Siempre serás nuestro niño.

1 Abuela.



Mercedes Galvis (madre), ST. Diego Fernando,
José Ángel Martínez (padre)

La risa siempre
ha unido a la familia,
nos reimos por todo



ST. Diego Fernando, Ginna Paola Pedraza (sobrina) y Claudia (hermana)



S.T. Fernando Alonso Iriarte Agresot

Cadete
FERNANDO IRIARTE

Una historia de vida, homenaje a un cadete ejemplar

Cuando pasó a la Escuela, él vino aquí, porque vivía aparte, y me dijo todo contento: Mami, te voy a comprar tu casa nueva y te voy a llevar para Cuba a que te curen, y me abrazó.

Luz Gregoria Agresot Tapia, madre del ST. Fernando Alonso

En el seno de una familia donde el amor se respiraba en cada esquina y la esperanza se servía en las comidas, nació Fernando Alonso Iriarte Agresot, un alma destinada a dejar una huella imborrable en el mundo. Su madre, Luz Gregoria Agresot Tapia, y su abuela, dos mujeres de fortaleza inquebrantable, recuerdan con una mezcla de dolor y orgullo aquellos días de la infancia de Fernando; la inocencia de él se manifestaba en su risa cristalina y en su mirada, tan profunda y clara como el mar que tanto amaba.

Desde pequeño, Fernando fue un faro de luz en su hogar, un niño cuya alegría era tan contagiosa que incluso en los días más grises su sonrisa era capaz de pintar un arcoíris en el cielo de su barrio. Su abuela, con la sabiduría que solo los años pueden otorgar, hablaba de él como un joven respetuoso y colaborador, un espíritu noble que siempre buscaba la compañía de aquellos que, como él, soñaban con un futuro mejor.

Los valores de Fernando eran tan sólidos como el suelo que pisaba. Su deseo de ayudar a su familia era una fuerza motriz en su vida, y su generosidad era tan vasta como el océano. La educación fue un pilar fundamental. Se dedicó a ella con la misma pasión con la que se entregaba a cada uno de sus intereses. Su compromiso con el aprendizaje era evidente y su familia recuerda con orgullo cómo se esforzaba por alcanzar la excelencia académica, consciente de que era el camino hacia un futuro prometedor.

La pasión de Fernando por la vida se reflejaba en cada una de sus acciones. Su devoción religiosa era el ancla que mantenía firme su espíritu, mientras que su amor por el voleibol y el ciclismo eran las alas que le permitían volar. La música, especialmente el reggaetón, era el ritmo que marcaba sus pasos; y su colección de gorras, un mosaico de colores que representaba la diversidad de su personalidad.

Su madre y abuela, dos pilares de fortaleza y ternura, lo vieron transformarse de un niño de sonrisa fácil en un hombre de convicciones firmes. Su abuela recordaba con emoción el día en que Fernando fue aceptado en la Escuela General Santander, un hito que marcó el inicio de su viaje hacia el servicio. La familia de Fernando, tejida con hilos de apoyo incondicional, se convirtió en su refugio y su motivación. Su padre y hermano compartían con él el amor por el deporte y la vida al aire libre, mientras que su relación con su novia era un testimonio de amor juvenil y promesas de futuro. Cada miembro de su familia jugó un papel crucial en su desarrollo, inculcándole valores y compartiendo con él los momentos que definirían su carácter y su destino.

Es importante hacer énfasis en que la Escuela General Santander (ECSAN) fue el escenario donde comenzó a forjar su destino. Quería ser policía, seguir los pasos de su tío, aquel héroe sin capa que había sembrado en él la semilla del servicio y la justicia.

Era un joven de metas claras y un corazón generoso. Su vida, aunque truncada prematuramente, fue un canto a la esperanza y al coraje, un legado de amor y servicio que sus seres queridos atesoran con cada latido de sus corazones. La abuela, con la voz entrecortada por la emoción, insistía en que su nieto era un muchacho colaborador, decente y respetuoso, un joven que nunca avergonzó a su familia y que siempre estuvo muy pegado a lo que se le enseñaba.

La madre de Fernando, con lágrimas que surcaban su rostro, nos habló de su hijo como alguien que siempre buscó buenas compañías, que les tenía miedo a los vicios y a los caminos oscuros de la vida. *"Él quería ser"*, decía, *"quería ser policía para acabar con los malos"*. Su hijo valoraba lo que se le daba, nunca llevó la contraria y siempre fue por el buen camino.

Fernando era un joven de intereses diversos, cuya vida se entretrejía con hilos de pasión y dedicación. Su abuela, con una mirada que reflejaba tanto amor como tristeza, recordaba cómo su nieto había sido un pilar de colaboración y decencia en su hogar. *"Era un buen muchacho"*, decía con firmeza, *"respetuoso y siempre atento a las enseñanzas de la familia"*. Nunca deshonró su linaje, ni se desvió del camino recto que le habían trazado. Era el orgullo de su abuela, que veía en él la promesa de un futuro brillante, un futuro que, desafortunadamente, se vio cortado por un destino cruel e inesperado.

La última vez que Fernando visitó su hogar, trajo consigo una gorra blanca adornada con la silueta de un ángel —un símbolo que, en retrospectiva, parecía presagiar su partida prematura—. Su hermana, conmovida por el gesto, le pidió que se la regalara, y él, con la generosidad que lo caracterizaba, accedió.

El día de los hechos victimizantes, la abuela y la madre de Fernando se aferraron a la esperanza; se negaban a creer que su nieto pudiera estar entre las víctimas. Con el corazón palpitante y la fe tambaleante, recordaban cómo la gorra blanca de Fernando había caído de la pared en el mismo instante del ataque, un presagio que había helado su alma. La madre, con un dolor que solo ella puede sentir, se aferraba a la imagen de su hijo, un joven que había buscado siempre el bien, que había soñado con ser policía para proteger a su gente y luchar contra la maldad.

La familia de Fernando, rota por la tragedia, pero unida por el amor, recordaba a su cadete como un ser cuya vida, aunque corta, había sido intensa y llena de significado. La abuela y la madre sabían que su legado no se mediría en años, sino en las innumerables vidas que había tocado con su bondad y su valentía. Fernando soñaba con un mundo mejor, se había convertido en un símbolo de esperanza y sacrificio, que viviría por siempre en los corazones de aquellos que lo amaron.

Y así, en cada recuerdo, en cada historia compartida, la esencia de Fernando permanece viva, como una inspiración para todos aquellos que buscan hacer del mundo un lugar más justo y seguro. Su abuela quería que se destacara que Fernando era un muchacho muy colaborador, respetuoso y

decente, que nunca avergonzó a su familia y siempre llevó de la mano lo que se le enseñaba. Era un joven que valoraba lo que se le daba, nunca llevó la contraria y siempre fue por el buen camino; manifestó siempre la admiración que sentía por su tío policía y su deseo de seguir sus pasos para proteger al pueblo y hacer el bien.

La gorra blanca que cayó el día de los hechos se convirtió en un objeto de profundo significado para la familia, un recordatorio de la presencia angelical de Fernando en sus vidas y de los sueños que compartió con ellos. A pesar del dolor inmenso, la familia se consuela sabiendo que la memoria de Fernando inspirará a futuras generaciones a vivir con la misma pasión y compromiso que él demostró en su breve pero impactante paso por este mundo.



ST. Fernando Alonso y Luz Gregoria (madre)

Una historia
de vida, homenaje
a un cadete ejemplar



ST. Fernando Alonso Iriarte
graduación de Bachiller



S.T. Iván René Muñoz Parra

Cacete
IVAN MUÑOZ

Caminar, correr o voltear por un sueño

Recuerda siempre que te quiero muchísimo, madre.

16/01/2019 (ST. Iván René Muñoz Parra)

Desde el casco urbano de uno de los pueblos más bellos de Colombia, Barichara, hasta la finquita donde vivió antes de que ingresara a la Policía Nacional como patrullero, el ST. Iván René Muñoz Parra recorría cuatro kilómetros cada mañana de ida y regreso; primero, a la escuela Montecitos de la vereda Salitre y, luego, hasta el colegio de Barichara. Aun cuando no había plata para comprar uniformes, cada año, por su alto rendimiento, se ganó el cariño de una familia; ellos le regalaron este vestuario tan necesario para hacer sus estudios. Al final de ellos, obtuvo el grado de bachiller con el propósito de integrar la institución que siempre amó y llevó hasta el volteo en defensa de la compañía que más amaba, "La Gilibert".

Provenía de una familia que hasta hoy ha labrado en compañía de sus cuatro hermanos y sus padres en tierras arrendadas. Luego de mucho esfuerzo y ahorro, lograron comprar un pedacito propio y entre todos cultivar y construir su casa. Esta conserva la forma tradicional de las viviendas campesinas de Santander; tiene una amplia cocina y un alar que permite a los propios y a los visitantes refrescarse (frecuentemente con cerveza), alimentarse en comedores improvisados y con la mesa llena de productos para la finca. En esa casa siempre están expuestas las herramientas de trabajo del campo y se conserva el honor del hijo que ya no está en una vitrina donde se exponen los recuerdos más memorados de Iván René, casi todos de su paso por la Policía Nacional.

Con la piel quemada por el sol de tanto trabajar, su sra. madre, Consuelo, mujer fuerte que conserva la valentía para seguir guiando los destinos de su hogar, y su hermano Néstor Ferney, con quien se llevaba seis años Iván René —Parra o Parrita, como le decían en la ECSAN, o el loco, como le decían sus compañeros de Interpol—, recuerdan con alegría esos momentos de felicidad compartidos desde la infancia. A pesar de llamarse Iván René por el jugador del Junior de Barranquilla, dice su madre

que él era hinchista del América de Cali y, por su gusto por el deporte de la pelota, ferviente admirador de Leo Messi y de Cristiano Ronaldo. No poder quedarse quieto en ningún momento le hizo aprender, además de las labores del campo, a dibujar; dejó plasmados en el cuarto de su casa paterna al Chavo del Ocho y a Don Ramón.

Desde pequeño ya acompañaba a su familia en las labores del campo en los fines de semana que no tenía clase. Fue un niño arrojado y aventajado en el colegio. No querían recibirlo a los cuatro años, pero por ser tan hábil en el aprendizaje al fin obtuvo el cupo, y pasó rapidito de preescolar a primero; de allí derivó su gusto por la lectura.

Su gran devoción por la fe católica era notoria; conmovía la forma en que desde pequeño, vestido con su mejor ropita para ir al templo y hacer las lecturas dominicales, se destacaba. En una ocasión, cuentan en casa, llegó una persona de Bogotá, *"alguien importante"* y a él le encomendaron una de las lecturas y los responsos. Entre risas relata su madre que se escondió detrás de unas columnas de la iglesia, por temor a que no leyera bien; pero la sorpresa fue para todos, cuando, al salir, ella fue felicitada por gran parte de los asistentes a la santa misa, pues Ivancito leyó muy bien.

Iván René era conocedor del esfuerzo para conseguir el dinero en casa; por eso, al ingresar a la General Santander pidió a Néstor, su hermano, que se fuera para Bogotá y que se ganara nos pesos trabajando, para poder estar juntos cuando saliera de permiso. Así lo hicieron durante un tiempo. Iván siempre fue muy organizado y meticoloso poniendo todo en su lugar. Con su hermano se distribuían las labores del apartamentico; Iván limpiaba mientras Néstor cumplía las funciones de cocinero. Sin embargo, por el poco pago que recibía Néstor como técnico en mecatrónica tuvo que ir a trabajar con su hermano mayor a Barranquilla.

Al vivir con su hermano en Bogotá, Néstor supo cómo hacía Iván para comprar la *"ropita"* de diciembre de toda la familia: una alcancía grande alimentada con las monedas que le caían al bolsillo y que desde el principio del año Iván atesoraba con mucha dedicación. Iván ahorra y conseguía, así, para sus padres y hermanos ese pequeño regalo; esa era una forma de demostrar su amor y unidad con la familia.

Las tristezas y alegrías de Iván están ligadas toda su vida a la Policía. Vivió gran tristeza cuando no pasó la primera vez por una complicación médica; luego de múltiples exámenes médicos, no se materializó su ingreso. Necio como siempre, Iván le dijo a su madre, *"yo me vuelvo a presentar"* y, en la segunda, sí pasó; esta fue su mayor

alegría. Cuenta Néstor cómo lo llamó un curso o compañero suyo a decirle que habían salido los resultados, pero por tener un celular malo y poca señal no podía ver los resultados. Entonces, Iván no se aguantó y salió corriendo hasta Barichara; fueron los mismos cuatro kilómetros que recorría para ir a estudiar, pero esta vez él buscaba verificar con sus propios ojos que sí había pasado a la Escuela de Policía. Llegó a casa de fiesta, bailó hasta que se cansó de la felicidad, dice doña Consuelo.

Las fiestas del año nuevo y navidad, como en gran parte de las casas campesinas, no se celebran con cena de medianoche, sino con almuerzo luego de regresar de las faenas del campo. Se sirve la acostumbrada gallina criolla con papa chorreada —que era uno de los platos preferidos de Iván—. Se comparte ese almuerzo con todo el que llega de visita o atrae algún presente; luego se pasa a la celebración con cerveza y a bailar. *"Él era muy amante del baile y lo hacía bien"*, relata su madre. *"Incluso hay unos videos para el último diciembre que vino; allí salimos bailando los dos"*. Ella también cuenta con nostalgia que, como algo premonitorio ese diciembre anterior a los hechos, él no quiso salir a ninguna parte. Se pasó todo el día en casa con sus padres y hermanos; los que estaban, porque algunos trabajaban en otras ciudades.

La felicidad de Iván estaba siempre asociada a la de sus padres y hermanos. Un día, relata con lágrimas en los ojos doña Consuelo, le dijo a su hijo: *"aquí nosotros casi no podemos salir de paseo; yo quiero ir a parque Panachi"*, a lo que él respondió: *"pues vamos, Mami"*. Al día siguiente salieron los que estaban en casa a ese paseo, que es uno de los de mayor recordación para ella; *"pasamos un día muy bonito, comimos por allá y estuvimos todo el día"*.

Las licencias de la Escuela General Santander eran un viaje directo a casa, siempre para verse con sus padres y hermanos; hablar de la ECSAN o de las cosas en la parcela; hacer planes del futuro y contar acerca de la mujer que le gustaba en ese momento. Luego de los saludos y el encuentro, se liberaba de la maleta de viaje y se disponía a contribuir en las labores del campo.

Diariamente hablaba con su señora madre por teléfono, preguntaba por cada uno de sus hermanos y, desde luego, sobre si había caído agüita para los cultivos. Del tiempo que tomaba entre clases o en las horas de la noche, dedicaba un momento así fuera para un saludito a su mamá y desde luego a sus hermanos, especialmente a Néstor. Dice su madre: *"su búsqueda era que todos estuvieran bien en casa y fuéramos alegres. Además, él era feliz con su profesión; siempre decía que era Feliz en*

lo que hacía, en su profesión de Policía de la INTERPOL¹". Él nunca le quiso explicar a su madre, tal vez para que no se preocupara y que siguiera tranquila, disfrutando de su vida en el campo que tanto quiere ella.

Los amigos de Iván, cada uno en sus propias actividades, algunos de ellos aún miembros activos de la policía: "Lanchero está como por Cali, lo vemos en el Facebook que sigue en la Policía; otra amiga se salió ya de la institución; los del pueblo en sus propias cosas de aquí de la zona y trabajando", relata su hermano.

"Nunca vamos a olvidar esa sonrisa y esa forma de ser; lograba que todos tuviéramos que ver con él. Siempre estaba dispuesto a ayudar, a aprender, a conocer más, a profundizar en las cosas que desconocía, a rendir más en sus actividades de la policía como patrullero y, desde luego, en su carrera de oficial, a explicar a sus compañeros lo que no sabían de la institución y, sobre todo, a jamás darse por vencido". Nos cuenta la ST. Leidy Carolina Guarín Pabón, sobreviviente de los sucesos.

Gracias a su carácter, Iván se hizo solo, a pulso y por las ganas de salir adelante como persona destacada en la Policía y ayudar a su familia, siempre de la mano de Dios. Durante los encuentros con su familia, nos cuenta Néstor, respecto a su hermano Iván: "al igual que hoy no se habla de lo malo, hablamos del futuro y de que siempre está viéndonos desde el cielo y ayudando a alguien. Creemos que desde el cielo seguirá cantando esa canción que tanto le gustaba y cantaba solo en casa o en el apartamentico en Bogotá, o cuando salíamos a hacer Karaoke"; y con sonrisa cómplice, continúa: "Señora, de Otto Serge & Rafael Ricardo". Nunca supimos, su hermano no nos dijo, por qué un hombre tan joven cantaba con tal sentimiento una canción de personas un poco mayores.

Un verso bien sutil y dirigido
Delicado y sensitivo
Quisiera componer yo.
Le ruego, mi señora, que comprenda
Que no sé si usted se ofenda
Pero es mi declaración
Comprenda que el amor no tiene redes
No hay nada que lo pueda detener
Y si usted es la mujer que me conmueve
Respeto al dueño que tiene, pero se lo digo a usted...

1 Organización Internacional de Policía Criminal de Colombia



ST. Iván René en la ECSAN

✚
Caminar, correr
o voltear por un sueño



Cap. Jaime UNIPED - PT. Marlon Mendoza, William Guillermo (hermano) -Nestor Ferney (hermano) - Juan Carlos (hermano) - Consuelo Parra (hermano)



S.T. Juan David Rodas Agudelo

Cacete
JUAN RODAS

Soñando surcar los cielos

Juan David fue un niño anhelado; yo tenía 18 años cuando quedé embarazada. Fruto de un amor de matrimonio, un amor tan puro que él todo lo podía solo con su risita y con su carita linda que siempre veíamos. El amor de sus padres, sus hermanas, abuelos y tías, un amor lindo. El nombre de Juan David fue tal vez escogido por mí, porque es un nombre tan hermoso; siempre pensé que si algún día tenía un hijo varón se llamaría así.

Luz Faridy Agudelo, madre del ST. Juan David Rodas Agudelo

C

hupando dedo siempre pedía a mamá que se recostara con él antes de dormir y acariciara su cabecita; fue un niño mimado y anhelado, el primero de tres hijos, el hombrecito de la familia.

La música siempre fue muy importante para Juan David. Siendo muy pequeño, era común verlo bailar en ropa interior por toda la casa, desbordado de alegría y con su sonrisa característica. Nació en Pereira en el seno de una familia cariñosa, un matrimonio joven y lleno de ilusiones que vio en su pequeño niño la encarnación del más puro amor.

El día más esperado de la semana era el viernes; dejaba pronto su maleta del colegio, para ir a acompañar a su papá a hacer los turnos del bus que manejaba. No quería estudiar; solo trasegar en ese transporte público que su progenitor guiaba y recibir las moneditas en reconocimiento de su ferviente acompañamiento; estas servirían posteriormente para comprar carritos coleccionables. Es así como desde niño aprendió a ganarse el dinero con esfuerzo; a partir de allí nunca despreció una oportunidad de trabajo.

Enseñaron a Juan David el valor de la familia. Creció en medio de paseos de olla en el río de Umbría, con succulentos sancochos de gallina, cumpleaños, almuerzos con frijoles y carne de la abuela materna y rosarios rezados con su abuela paterna.

Aunque fue muy amado por toda su familia, era el consentido de su abuelo materno, quien de cariño le decía MacGyver porque disfrutaba desbaratar esos carritos que coleccionaba. Su curiosidad le impulsaba a ver su funcionamiento y la forma de volverlos a su estado original. Siempre le gustaron las motocicletas, y su papá, como regalo de grado, le dio una que disfrutó al máximo; quería luego tener una Suzuki V-STROM 650.

Este joven paciente, noble y calmado consideraba como sus grandes amores a sus dos hermanas y su mamá. Laura Juliana y María José, menores que él, encontraron en Juan David a un protector permanente y un amigo incondicional, un cuidador preocupado siempre por su bienestar. A su vez, dar una vivienda amplia y muchos viajes a su madre era uno de sus objetivos. Siempre pensó en su familia como el centro de sus afectos y prioridades.

Fue un estudiante juicioso, inteligente y responsable, pese a que en sus primeros años escolares peleara con sus profesores porque siempre quería salir en el bus con su padre. En la etapa del colegio, tuvo una novia a la que quiso mucho; ella tenía un pequeño hijo y Juan David quiso cuidarlo como si fuera propio. Eso demostraba su enorme corazón. Con el pasar del tiempo fue creciendo y tenía mucha suerte con las jóvenes de su edad. Fue respetuoso, pues algo que siempre inculcó mamá era que tratara a sus parejas como quisiera que fueran tratadas ella misma y sus hermanas. Es así como demostró ser un caballero atento y lleno de virtudes, para el que el afecto era primordial.

Cuando se graduó de bachiller, él decidió prestar servicio militar en la Armada Nacional, lo que no solo lo formó en disciplina, sino que le inculcó un profundo amor por las Fuerzas Militares. Esto propició el viaje de su madre y sus hermanas a Tolú, Coveñas, para verlo jurar bandera; allí siempre se distinguió por ser muy aplicado. Orgulloso con su uniforme, Juan David demostró que estaba hecho para servir a su país y, por medio de sus acciones, aportar a la transformación que tanto requiere Colombia.

Llegó el tiempo de ingresar a la Policía. Si bien le gustaba el inglés y era bueno en otras materias, siempre contempló la Policía Nacional como su fin último. Igual que sus compañeros de curso, el proceso riguroso de ingreso a la Escuela de Cadetes General Francisco de Paula Santander fue un reto que debió sortear. Su ilusión era llegar a ser General, un rango alto que le proporcionaría el reconocimiento que tanto buscó siempre.

Fue reconocido por ser muy responsable, amoroso, enamorado, caballero y siempre era el alma de cualquier reunión a la que asistiera. Estas cualidades no fueron ajenas para quienes le conocieron en la Escuela, en donde poco a poco obtuvo reconocimiento. Su humildad, virtud heredada de su familia, hizo de él un compañero que todos querían tener cerca.

Para la señora Luz Faridy, su Juan David era *"superresponsable con sus cosas, amoroso, era muy enamorado; no era sino risas, una formalidad y muy caballeroso. Cuando llegaba caía bien. Uno como mamá siempre exalta lo mejor de los hijos, pero es que es de admirar"*.

A Juan David siempre le gustó la adrenalina; la velocidad, las aventuras y el parapente fueron sus grandes aficiones. En todos sus tiempos de permiso aprovechaba para ir a sortear las alturas con su querido primo Capeto o enseñaba a quien lo requiriera a poner luces a las cometas. Siempre estaba presto a ayudar, era feliz viendo la alegría de las personas que quería. Su madre, entre sollozos, recuerda que *"le gustaba mucho el parapente. Yo tenía un primo que también está en la gloria de Dios, también murió. Mi hijo se iba, en los poquitos permisos que tuvo en la Policía, para Apia; siempre me decía 'mami me voy a volar con Capeto'. Mi primo murió también, pero él en una moto, a los 6 o 7 meses del fallecimiento de Juan David"*.

Nunca se vio aburrido; su sonrisa era permanente e iluminaba cualquier espacio a donde llegara. Sus mejores compañías eran las personas humildes como él; por esto agradaba a quienes le conocían, de manera que hacía amigos fácilmente. Su corazón bienhechor albergaba solo buenos sentimientos, los cuales expresaba constantemente. Prefirió siempre dialogar y decir con respeto las cosas; siempre diplomático, consideraba la honestidad como un pilar fundamental de su vida.

Facocha —otro de sus apodos de familia, pues era muy delgado y alto— se ganaba admiración con su amplia forma de ser. Fue un gran defensor de la Policía Nacional y mostraba lo mejor de la PONAL en todos los lugares a donde llegaba. Quiso viajar a Estados Unidos, destino que quería compartir con su madre, y anhelaba ser piloto para atravesar los territorios colombianos en helicópteros de la institución.

Actualmente en casa de mamá hay una cajita llena de objetos que permiten volver tangibles tantos recuerdos, momentos felices, bailes, sonrisas, metas y sueños, todos aquellos que Juan David construyó en su corta vida pero que marcaron de forma positiva a quienes tuvieron la fortuna de conocerle.

Los consejos de sus padres siempre fueron la hoja de ruta de este joven MacGyver. Siguió cada uno de ellos porque estaba convencido de que solo así sería cada día una mejor persona, y en sus acciones se evidenciaban todos los valores y virtudes que en el seno de su familia fueron gestados. Le recalcaron la importancia de nunca olvidar de dónde venía, las fortalezas de su familia, cómo creció, la valía de la humildad, *“porque Juan creció con amor, fue un niño muy querido, amado, adorado, muy obediente. Por eso yo siempre le decía ‘la humildad, mi amor, siempre sea humilde, usted sabe que es mejor decir las cosas, aunque duelan, pero en el momento que sean necesarias, sin ser grosero, diplomáticamente, pero decirlo, mi amor’”*; y Juan era así, Juan era un hombre maravilloso.

Ahora Juan David es recordado como un ángel que acompañará a su familia, que cuida desde el cielo a sus padres y hermanas, y tendrá siempre en sus corazones un espacio invaluable que nunca podrá ser ocupado por nada ni nadie.



Luz Faridy Agudelo (madre) y ST. Juan David Rodas

✝
Soñar surcar
los cielos



ST. Juan David Rodas y su padre Ovidio Antonio Rodas



S.T. Juan Diego Ayala Arzola

Cacete
JUAN AYALA

Desde la ausencia de nuestro hijo, esta actividad nos hace sentirlo más cerca

Familiares y seres cercanos coincidieron en definirlo como un ser noble, respetuoso, generoso, excelente ser humano, alegre, amoroso, de luz, mágico y que dejó huella en todos.

*Los hijos que Dios me regaló son los hijos
que cualquier mamá quisiera tener.*

Virginia, madre del ST. Juan Diego Ayala anzola

A orillas del río Magdalena, en Cambao (Cundinamarca), se conocieron. Siendo niños y empezaron la escuela juntos Virgilio y Virginia. Desde entonces, dice que Virginia fue su gran amor; a los 15 años decidieron empezar a escribir su historia. Un tiempo después Virgilio se traslada para Bogotá, pero siempre en contacto con su amada, termina su bachillerato, empieza a prestar su servicio militar en la Policía Nacional y allí nace su vocación y entrega a la institución policial; decide incorporarse como técnico profesional en servicio de policía (patrullero).

Poco tiempo pasó para que Virginia decidiera seguirlo e iniciar una familia juntos y, como se esperaba, pronto llegaron sus dos grandes bendiciones: primero, Camilo Andrés, el 2 de marzo, y un año después, Juan Diego, el 24 de marzo, quien no solo compartió el mismo mes con su hermano, sino también con su padre al nacer minutos después del día de su cumpleaños; hecho que fue el presagio del profundo y más grande amor que los acompañaría siempre.

Virginia recuerda con gran ternura que "Dios la bendijo con sus hijos". Desde entonces nunca se separó de ellos y dedicó su vida a verlos crecer y a acompañarlos en cada momento especial que Camilo Andrés (Tito) y Juan Diego (Conejo) vivían; además, porque siempre estaban juntos, estudiaron juntos, compartieron cada experiencia juntos, así lo evidencia el álbum que durante 33 años ha

guardado cada credencial, tarjeta o carta que intercambiaron no solo los padres, sino después las entregadas por sus hijos.

Juan Diego siempre fue muy apegado, consentido. Todos los días alegraba la casa cuando llegaba cantando hermosas notas musicales aprendidas en su escuela. Otros días llegaba con cartas de amor para su mamá, a veces con divertidas exclamaciones que hablaban del profundo amor que le expresaba diariamente a su madre; algunos días simplemente llegaba a “ronronearle”¹ en la cama a su papá cuando este descansaba luego de hacer un primer turno. En una época se sentaba a contemplar las incontables fotografías familiares y lloraba porque decía: *“nunca quiero que nos separemos”*. Sin embargo, la psicoorientadora del colegio, el amor y la fe en Dios le ayudaron a superar este temor. A Dios siempre le dijo Jesusito y sus padres le recordaban que debía ser un buen niño para que Jesusito no lo castigara; Virginia recuerda que aun grande mantuvo siempre esa espiritualidad.

Cuando Camilo Andrés empezó su colegio, Juan Diego se burlaba porque él sí podía regresar a la casa y quedarse con su mamá. Pero al año siguiente que también empezó a estudiar lloraba mucho porque no se quería quedar; así pasó bastantes semanas, hasta que se adaptó a su Colegio Elisa Borrero. Ese plantel fue testigo de todas sus travesuras y grandes historias que sin duda dejaron huella en sus compañeros y docentes, pues su bondad y carisma lo convirtieron en un líder y buen estudiante, especialmente con todo lo que tenía que ver con números. Camilo Andrés siempre fue su escudero, como buen hermano mayor; estuvieron siempre unidos y no solo jugaban de niños, andaban horas en sus bicicletas y veían fútbol, sino que también de adultos compartían todo. En ocasiones Juan se quedaba con su hermano aunque tuviera planes con sus amigos. Cuando se le pregunta a Camilo Andrés por el colegio, dice con risa burlona que Juan tenía *“una letra terrible; tanto era así que, años después en la ECSAN, le llamaban la atención por la letra”*. Dice también que era muy bueno para hacer bromas con el ánimo de hacer reír siempre a quienes estaban con él, por eso coincide con su mamá cuando lo describe como *“mágico”*.

Cuando Virginia, en uno de sus intentos por ayudar a su esposo, decidió trabajar, el sufrimiento de Juan Diego era tan sentido que siempre le decía: *“La casa no es la misma sin usted”*. En la escuela, la profesora identificó ese sentimiento, por lo que un día le dijo a Virginia:

“Mamá: aproveche a sus hijos y disfrútelos”. Por eso, decidió no laborar más y quedarse en la casa siguiendo el consejo de la maestra; *“fui bendecida por*

¹ Producir un sonido propio de los felinos en forma de ronquido como expresión de cariño.

poder quedarme viéndolos crecer, me los gocé". Así mismo, dice que todas las madres hablan bien de sus hijos, pero su caso es diferente porque "los hijos que Dios me regaló son los hijos que cualquier mamá quisiera tener".

Son tantas las historias de amor entre esta hermosa familia que esta historia de vida se quedaría corta para poder describirlas, especialmente cuando se les ve y escucha en persona. Realmente se puede comprobar que el amor verdadero y eterno sí existe; solo es ver a los ojos de Virginia, ver los cientos de fotografías guardadas en más de 8 álbumes, ver la habitación de Juan completamente intacta y la referencia de sus padres cuando dicen que todavía se siente el olor a él. Eso parece ser comprobado por Tommy, su mascota (perro Schnauzer), que estuvo durante horas presente en la entrevista; se sentía por momentos que el animalito sabía que hablábamos de Juan, porque se sentó en mis piernas y sus ojos brillaban de alegría cuando se contaban las aventuras en las que él también era protagonista. Por ejemplo, el día que, siendo cachorro Tommy, a Juan y a Camilo pequeños se les cayó en un caño cerca a la casa, y esto los hizo sufrir tanto que arriesgaron sus vidas por rescatarlo; años después, ese secreto de hermanos humanos y canino fue revelado en la entrevista de incorporación, cuando le preguntaron a Juan cuál había sido el momento más triste de su vida y narró este episodio, lo que rápidamente se convirtió en una aventura para la familia. Sin embargo, otras veces Tommy reflejaba dolor cuando escuchaba que Juan no volverá, conducta canina que ha sido identificada varias veces de forma inexplicable por la familia; así lo cuenta Virgilio: el día que Juan se fue, producto de ese doloroso hecho, Tommy estuvo por horas esperando inquieto en la puerta y cuando se conoció la noticia de lo sucedido en la ECSAN, lo encontraron tiempo después en la cama de su dueño con lágrimas en los ojos.

Todas estas narraciones hacen no querer parar de escucharlos, olvidarse del tiempo y simplemente disfrutar de tantas anécdotas e historias; entonces, poder entender cómo ese niño que creció en medio de tanto amor pudo desarrollar un deseo genuino por ayudar a la sociedad, un don de servicio y una vocación policial tal vez heredada por su padre o inspirada por las revistas de policía que llegaban siempre a su casa. En ellas, se contaban historias de policías que salvaban vidas o ayudaban a hacer justicia, o tal vez viendo los uniformes verde oliva que portaba su primer superhéroe, ¡su padre! Todo eso despertó ese deseo de ser un gran policía.

Es así como en medio de la conversación no solo aparecen lágrimas de dolor y frustración por no poder ya seguir viviendo la continuación de esa historia de amor los cuatro, sino que también aparecen risas y carcajadas cuando recuerdan muchas de sus picardías, especialmente las que tienen que ver con su eterna cómplice, ¡Virginia!; ella cuenta esas primeras travesuras por querer ser policía.

Dice que desde muy pequeño leía, estudiaba y sabía de doctrina, historia de Policía. Por eso, cuando terminó su colegio, quiso hacer una carrera técnica en contaduría, para llegar bien preparado y con conocimientos sólidos que le ayudaran a ser un universitario exitoso cuando ingresara a la ECSAN. Él sabía que la exigencia académica era muy alta, aún más que cualquier universidad del país, pues tenía la certeza de que no solo serían tres años, sino que habría grandes exigencias deportivas, físicas y de múltiples capacidades y competencias; justamente él decía que solo así lograría ser un gran oficial de Policía.

Por eso, el día que se fue para la escuela, al ver llorar a su mamá, le propuso muchos planes para que se pudieran comunicar o verse, así fuera por las rejas cada vez que ella pudiera ir. Sin embargo, la realidad no era así; en ese año y medio que estuvo en la escuela, pudo ir en vacaciones a compartir con su familia. Siempre fue esperado por todos con ansias, para que, según Virginia, pudiera comer su plato preferido: pescado, como buen hijo de padres criados a orillas del Magdalena; pasar navidad con toda su familia de Cambao y contar las interminables historias de sus compañeros comandantes. Cada día era más fuerte, no solo por su gran estatura y tamaño, sino por su intelecto, con el que hacía sentir orgullosos a sus padres.

Entre esas historias está el día que desfiló el 20 de julio: como trompeta mayor tenía una responsabilidad importante. Ese día, Virginia lo reconoció a lo lejos y él, cuando la vio, a pesar de ser prohibido romper o salirse del desfile, paró para darle un beso profundo e imborrable, porque quedó en una fotografía que ella guarda en su memoria y la tiene impresa en tamaño gigante. Igualmente, otros momentos, como cuando pudieron visitarlo de sorpresa o cuando él también llegaba días u horas antes de lo que se esperaba. Son tantos y tantos recuerdos que todos terminan con el mismo adjetivo con el que empezó este relato: era “mágico”. Tenía una magia por lo que siempre se hacía querer y así quedó plasmado en lo que podría ser una nube de palabras, si se quisiera, pues Virginia, para esta entrevista, preguntó por WhatsApp a sus seres queridos, amigos y familiares: “¿Cómo describen a Juan Diego?” Las respuestas no pararon durante horas, y todos coincidieron en que era un ser noble, respetuoso, generoso, excelente ser humano, amoroso, de luz, mágico y que dejó huella en todos. Destacaremos en este ejercicio, a manera de cierre, lo que respondió Anita, su gran amiga: “era el amigo más alegre y espontáneo, líder, puntual, soñador, con un sueño hermoso que se quedó en proceso: ser oficial de la Policía Nacional de Colombia y conformar una familia...”.

ST. Juan Diego Ayala



Desde la ausencia
de nuestro hijo esta
actividad nos hace sentirlo
más cerca



ST. Virginia (madre), Camilo Andrés (hermano)
Virgilio Ayala (padre)



S.T. Luis Alfonso Mosquera Murillo

Cacere
LUIS MOSQUERA

Atletismo, baile, risa y familia

Quería ser policía y, cuando estaba allá, pues, quería avanzar, avanzar. No crea que pues solamente siendo oficial, avanza mucho y ayudar a su familia, a sus hermanos, que estudiaran una buena carrera, sobre todo a su mamá y su papá para que no trabajaran tanto.

María Inocencia Murillo, madre del ST. Luis Alfonso Mosquera Murillo

Proveniente de una familia numerosa compuesta por hermanos, tíos, primos, sobrinos, abuelos, hijo de un hogar humilde, con padre que se solventa la vida trabajando en una empresa y una madre que se dedica al cuidado de todos en el hogar, como gran parte de los hombres y mujeres de la Policía. Proveniente de las barriadas populares de Pradera, en el Valle del Cauca, donde siempre hay algarabía, baile, alegría y dedicación, que contribuye, entre otras cosas, a querer salir adelante a través del trabajo, el deporte y la música. Pradera es el pueblito donde llegó a vivir con sus padres y hermanos, con un poco más de un año de vida, el ST. Luis Alfonso Mosquera Murillo.

Siempre fue querido por toda su familia; en especial, era el consentido de los abuelos y, claro, de su madre; para ella, desde muy pequeño, sacaba un ratito y se ponía a bailar, mientras mamá lo miraba con ternura y picardía. Esta práctica la llevó hasta su morada final, pues sus compañeros de la Escuela de Policía le recuerdan siempre como quien en todo momento le sacaba baile a la música. Esa forma de ser tan tierna y una sonrisa a flor de labios supieron ganarse el cariño y respeto de todas las personas. Su bondad se hacía evidente con los adultos mayores; siempre exigía que se respetaran y valoraran los consejos de ellos. En los sectores populares son pocas las madres que reciben una flor en su día; para esta fecha, un día compró una para su sra. madre; de una vez adquirió otras más y las puso en su maletín-cito de espalda, las decoró y se fue a entregar a todas las mamás del sector; tal expresión se convirtió en costumbre cada año para conmemorar este día.

Sus hermanas y madre le decían “ñeñé”, pero su padre siempre le llamó por su nombre, Alfonso; sus amigos en el barrio lo conocían por “Sina”, apodos que le dijeron desde el inicio de sus estudios en el colegio Francisco Antonio Zea. Nunca debió su familia acudir para atender algún llamado de atención o indisciplina; él era dedicado y organizado, cumplía con sus obligaciones y, sobre todo, era muy destacado para las matemáticas, materia que se le facilitaba, relata su madre. Solo un año lo hizo repetir la sra. Inocencia, pero *“fue porque no se entendía la letra ni él mismo”*, recuerda su progenitora entre risas.

En la vida hay personas que nos marcan, y para Luis Alfonso una de ellas fue su entrenador de atletismo, deporte al que llegó luego de un efímero paso por el fútbol, relata su hermana Lucero. El joven iba con su tío Clarens Smiyt Murillo Rivas a practicar fútbol, pero quería ser más rápido y ágil. Por eso empezaron a entrenar en ese deporte; allí conoció al señor José Gregorio Lemus, que asumió su entrenamiento como un reto para vincularlo, ya que parecía tener futuro en el atletismo.

El deporte de velocidad se convirtió en un todo para la vida de Luis. Sus logros en los ámbitos municipal, departamental y nacional se ven reflejados en una gran cantidad de medallas que cuelgan de unas puntillas en la sala, más otras que se guardan como un tesoro de la familia. También cuelgan en las paredes los diplomas de participación y el reconocimiento de beca para el ingreso a la Escuela de Cadetes de Policía General Santander. Practicó el deporte desde los doce años hasta su partida, en ocasiones entre dos y cuatro horas diarias, y siempre de la mano de su amigo José Gregorio Lemus y su entrañable amigo y tío Smyt.

Su dedicación se dio gracias al apoyo que recibió por parte de su familia y su entrenador. Los consejos, la exigencia, los controles y, principalmente, la confianza fueron la clave de su rendimiento. Luego de practicar el deporte y cumplir con sus deberes, poder ir a sus otras pasiones —el baile y “parchar”¹ con sus amigos— dejaba en él una satisfacción enorme. Una de sus últimas participaciones fue en la competencia de los 10k de la Policía Nacional y un concurso de baile, donde conoció a una novia con quien competía en la disciplina de movimientos acompasados.

1 Reunirse con amigos o familiares y departir un rato agradable con amigos en un lugar específico.

Los amigos son y serán siempre la fuente de inspiración para crecer. En la vida de Luis Alfonso, fueron tres muy significativos: Camilo Chávez (fotógrafo), con quien compartía todas sus experiencias del barrio a través de las imágenes plasmadas en la cámara; José Gregorio Lemus, un atleta al igual que Luis, que fue su entrenador, solo unos años mayor que él, y quien le acomodó el remoquete² de "hijo", y su tío, Smyt, con quien por ser contemporáneos compartieron toda su vida. Ninguno de ellos se ha ido del barrio, siguen apoyando a nuevos talentos y nuevas creaciones de los jóvenes del sector, desde el deporte, la música y la fotografía.

Al igual que gran parte de las personas consagradas en un deporte, una profesión o una tarea, el mayor orgullo de Luis fue el atletismo; su dedicación era admirable. Él siempre la metía toda y le ponía sudor y lágrimas; se esmeró por ser el mejor. Siempre buscó el bienestar de su familia, sus padres, hermanos y, claro, su amigo y tío a la vez. El objetivo de Luis era cambiar las condiciones de vida de todos ellos, pero sin cambiar de barrio. En una ocasión, su sra. madre le dijo que se quería mudar para otro lugar de Pradera, cambiar de ambiente; él le dijo:

"claro que sí, le voy a comprar otra casa para que se vaya para allá, pero yo me quedo aquí en mi barrio".

Además del deporte y la familia, sus otras pasiones fueron la música y el baile; cada espacio lleno de acordes era la mejor excusa para bailar y disfrutar en medio de risas con los amigos en las fiestas familiares y en la General Santander. Todos los recuerdos, las fotografías y los vídeos muestran la risa y el sabor que se lleva en la sangre, que hace vibrar la piel y contagia hasta los que no saben bailar. *"Eso era Mosquera"*, asegura una compañera de la ECSAN quien también compartía su afición por el deporte y desde luego el baile, y era también paisana de su Valle del Cauca.

El ST. Luis Alfonso no era de admirar grandes personajes del país o del mundo; siempre sentía orgullo por todas las personas que hacían su mejor esfuerzo por salir adelante, se alegraba del triunfo de la gente del pueblo o de su familia. Por eso, cuando se presentaban hechos desafortunados en la vida de alguien del barrio donde se crío, sin importar qué hacían, le dolía mucho y quería acompañar a sus padres. *"Siempre fue de un gran corazón, muy humilde y siempre, siempre, pensaba*

2 Le decía por cariño.

en la gente”, afirma Rosa, su hermana, quien carga en los brazos a su bebé, el sobrino de Luis.

“Con mi hijo aprendí a celebrar los cumpleaños; a mí nunca me celebraban eso. Cuando Luis Alfonso creció, él le pedía a su padre que le diera unos reales para el regalo. Con mi hijo aprendí a decir “hijo, te amo”; él siempre llegaba con su cartica o su pedacito de papel, donde me decía “te amo”, cuenta su madre con lágrimas en los ojos.

Era frecuente su participación en la Iglesia Ministerial de Jesucristo Internacional; este fue su espacio de encuentro con el ser supremo, dado que su familia profesa la fe cristiana. Con algunos familiares, o solo, se refugiaba en la lectura de las Escrituras y de algunos pasajes bíblicos, para lograr interpretarlos. *“Dios era todo para él”, expresa su familia.*

Las cosas del Señor lo llevaron a la Policía Nacional; empezó a hablar con un amigo policía de Pradera y decidió presentarse la primera vez. Al no pasar, se puso muy triste y habló con su madre para presentarse en la otra convocatoria; pidieron prestada la plata para juntar todos los papeles nuevamente. Esa fue una de sus mayores felicidades, siempre de la mano de su familia, pero sobre todo de su mamá.

La situación tan difícil de la familia les impidió ir al momento de su presentación en la Escuela. Con dolor en el alma, ni su madre, ni su padre, ni los hermanos pudieron acompañarlo; la novia de su mejor amigo y el entrenador de atletismo sí pudieron asistir con él y acompañarlo ese día tan importante en la vida de un policía. La Institución se convirtió en la casa grande donde todos, antes de cada clase, charlaban, bailaban y hacían chistes; siempre los encuentros eran para la risa.

El legado de Luis Alfonso será servir a la patria, ser justo con los inocentes y fuerte con los criminales; *“él no toleraba policías que hicieran mal sus procedimientos, quería ser diferente y acceder a lo más alto que pudiera ser en su carrera como policía”* (Alfredo Murillo, tío). *“No poder volver a oír su voz y verlo bailar para mí, o reírse, o verlo llegar con las flores para las vecinas cada año en el día de las madres es un dolor que no pasa; **de hecho, le he tenido que pedir al señor, cada noche en mis oraciones, que me enseñe a vivir sin mi hijo*** (María Inocencia, madre).



Bayron Steven (primo), Clarens Smith (tío) y
ST. Luis Alfonso

Atletismo, baile,
risa y familia



ST. Luis Alfonso Mosquera en la práctica del deporte que lo apasionaba



S.T. Oscar Javier Saavedra Camacho

Ciclos
OSCAR SAAVEDRA

Historia de vida de una familia entrañable

Era deportista de alto rendimiento, pertenecía a la Selección Santander y participaba en todos los eventos que hacía el club de karate al que él pertenecía. Él estaba muy pendiente de los actos de la urbanización (el conjunto); le ayudaba a la señora Miriam, que era la encargada en ese tiempo de las novenas. Entonces él llegaba de la Escuela de una vez a ayudarle allá en las novenas navideñas y le gustaba.
Luz Eugenia Camacho Cáceres, madre del ST. Óscar Javier Saavedra Camacho

En el vasto tapiz de la existencia, hay vidas que resplandecen con la intensidad de una estrella fugaz, dejando tras de sí un rastro de luz que perdura en el firmamento de la memoria. Tal fue la vida de Óscar Javier Saavedra, un joven cuya existencia, aunque truncada prematuramente, fue un himno a la valentía, al amor y a la inquebrantable voluntad de servir.

Nacido en el seno de una familia donde el amor era la ley, la comprensión y el diálogo, Óscar Javier creció bajo la mirada amorosa de Luz Eugenia Camacho Cáceres y la guía sabia de Óscar Saavedra Gabelo. Desde su más tierna infancia, se reveló como un espíritu vivaz, cuya hiperactividad era el motor de innumerables travesuras que llenaban de risas y asombro los días de su hogar.

Aquel niño, cuya sonrisa era capaz de iluminar la más oscura de las habitaciones, enfrentó desafíos que habrían doblegado a muchos. Una hospitalización temprana puso a prueba su fortaleza, pero también forjó en él una determinación de acero. Su madre, Luz Eugenia, con el corazón en un puño,

lo acompañaba en cada paso, convirtiéndose en su más ferviente animadora en los eventos deportivos y en su inquebrantable soporte en los estudios.

Óscar Javier no solo era un estudiante ejemplar, sino también un atleta apasionado. El karate le enseñó el valor de la disciplina y el respeto, mientras que la música, especialmente el *pop* en inglés, le permitía explorar la profundidad de sus emociones. Su flauta era una extensión de su alma, y a través de ella expresaba todo aquello que las palabras no podían decir.

La Policía no era únicamente una carrera para Óscar Javier; era una vocación, un llamado a ser parte de algo más grande que él mismo. Su deseo de convertirse en general no era un anhelo de poder, sino de servicio, de contribuir a la transformación de una institución que representaba los valores que él encarnaba: honor, sacrificio y una profunda lealtad a su país. Su sueño de portar el uniforme era un reflejo de su deseo de proteger, de ser un bastión de justicia en un mundo a menudo turbulento.

En la Escuela de Policía, Óscar Javier se convirtió en un faro de luz para sus compañeros; un joven que, con la sencillez de su trato y la humildad de su corazón, saludaba a todos con una sonrisa genuina y un respeto que trascendía rangos y jerarquías. *"Hola, mi patrullero"*, decía con una familiaridad que rompía el hielo y construía puentes de camaradería.

Su padre, con la voz teñida de orgullo, recuerda cómo Óscar Javier era un ejemplo para los jóvenes, una prueba viviente de que no hay sueño inalcanzable cuando se está dispuesto a comprometerse y a trabajar con perseverancia. *"Si yo quiero hacer las cosas, yo me lo propongo y lo logro"*, era su filosofía, una que aplicaba tanto en su vida personal como en su carrera.

En el ámbito académico, Óscar Javier brillaba con la intensidad de su intelecto. Las matemáticas, esa ciencia de números y lógica, se rendían ante su entendimiento, y los cinco que obtenía eran el resultado de su dedicación y pasión por querer aprender. Su madre, con una mezcla de asombro y admiración, recuerda cómo las calificaciones de su hijo desafiaban las expectativas, con notas que siempre alcanzaban el umbral de la excelencia.

Pero Óscar Javier no solo era un estudiante y un cadete ejemplar; era también el técnico de cabecera, el mago de la tecnología que, con una sonrisa y una destreza que parecía innata, arreglaba el Office y solucionaba los enigmas informáticos de sus compañeros y superiores. *"Les cuadraba todo"*, decía su padre con una sonrisa; recuerda cómo su hijo, con una paciencia y una habilidad que daban la impresión de ser sobrenaturales, se convertía en el héroe cotidiano de aquellos que luchaban contra las máquinas rebeldes.

La sencillez y la humildad eran las palabras que sus padres usaban para describirlo, y estas cualidades se manifestaban en cada aspecto de su vida. No había pretensiones en Óscar Javier, no había un ápice de arrogancia en su ser. Era un joven que caminaba por la vida con los pies firmemente plantados en la tierra, consciente de sus raíces y orgulloso de ellas, pero siempre con la mirada puesta en las estrellas, en los anhelos que lo impulsaban a seguir adelante.

La Escuela de Policía fue testigo de su compromiso y su perseverancia, de esas ganas inagotables de hacer las cosas bien, de su convicción de que nada es difícil si se está dispuesto a comprometerse y a trabajar con dedicación. Lograr lo que se proponía era su meta, una declaración de intenciones que se convertía en realidad a través de su esfuerzo y su pasión. Sus instructores y compañeros lo veían como un líder nato; alguien que, sin necesidad de palabras, inspiraba a otros a ser mejores. Su presencia era un recordatorio constante de que la verdadera grandeza no se mide en rango o poder, sino en la capacidad de influir positivamente en la vida de los demás.

De ese modo, Óscar Javier se convirtió en un ejemplo para los jóvenes, una inspiración para aquellos que buscan en el horizonte la silueta de sus sueños. Su legado es el de un joven que, con la sencillez de su ser y la humildad de su corazón, saludaba al mundo con la alegría de quien ve en cada rostro un amigo, de quien reconoce en cada patrullero —su vocación temprana— no solo a una figura de autoridad, sino a un compañero de vida.

Cada recuerdo compartido por sus padres es un pincelazo de amor que pinta la imagen de un joven excepcional. Óscar Javier, con su mirada llena de esperanza y su sonrisa contagiosa, era la personificación de la promesa y el

potencial humano. Su vida, aunque corta, fue una cátedra de humanidad, un curso intensivo en la nobleza del espíritu.

Óscar Javier era un joven que vivía en el servicio a los demás, y su legado es un llamado a la acción para todos aquellos que buscan un propósito más allá de sí mismos. Su historia es un testimonio de que la vida, no importa cuán breve, puede ser profundamente significativa y dejar una marca indeleble en el tejido de la humanidad.

La vida de Óscar Javier Saavedra es un relato que conmueve el alma y despierta la admiración, un relato que nos enseña que la verdadera medida de una vida no se encuentra en la cantidad de años vividos, sino en la calidad de los momentos compartidos, en el impacto que tenemos en el mundo y en las personas que nos rodean.

Que su historia sea un faro de esperanza y un recordatorio de que, en palabras de sus padres, *"no es difícil alcanzar nuestros sueños, si estamos dispuestos a comprometernos y a trabajar con dedicación"*. Que la memoria de Óscar Javier Saavedra siga viva en cada acto de bondad, en cada gesto de humildad y en cada paso que damos hacia la construcción de un mundo mejor.

Homenaje en su hogar al ST. Oscar Javier Saavedra Camacho



Oscar Saavedra (padre), Luis Eugenia Camacho (madre)

Historia de vida
de una familia
entrañable



S.T. Steven Ronaldo Prada Riaño

Cedente
STEVEN PRADA

La convicción de ser policía

Siempre fuimos muy devotos a la santísima Virgen, muy devotos al Divino Niño; incluso cuando pasó a la Policía, le mandamos a poner una placa en acción de gracias por haber pasado [Steven Ronaldo] a la Escuela de Policía.

Édgar Prada, padre ST. Steven Ronaldo

Ibagué, la ciudad musical, vio nacer al ST. Steven Ronaldo Prada Riaño. Al llegar a la casa de su familia, encontramos de frente con un altar seleccionado con los recuerdos más destacados: sus fotografías, insignias policiales, medallas, la Biblia, un rosario, el busto del arcángel San Miguel, la santa cruz y su cachucha, entre otras.

Nos espera una familia de profesores. Édgar, su padre; Claudia, su sra. madre; Kevin Mauricio, su hermano, y el sobrino Matías, de tan solo un año. El tío no pudo conocer a su sobrino; habrían disfrutado juntos la pasión que une al padre con sus hijos y ahora acoge al nieto: el fútbol; habrían vivido con el Steven las alegrías y sufrimientos que produce ser hincha del Deportes Tolima. Como fruto de esta afición del padre, viene el nombre compuesto: "Ronaldo", por el jugador de fútbol y "Steven", simplemente porque combinaba.

El "Mono", como le llamaban toda la extensa familia paterna y materna, nació en el seno de un hogar sin mucho dinero, pero con una sólida unión familiar, plena de valores y principios. Fue el segundo de los dos hijos de la pareja y el pedido de Kevin: un hermanito que llegara a casa para completar la familia y tener con quien jugar a la pelota y hacer tiritos en ese gran patio de la casa donde siempre había un balón de fútbol. Con su hermano se llevan cuatro años.

Al igual que miles de familias donde tanto padre como madre deben trabajar, Steven, a los seis meses ya estaba en el jardín. Hizo un recorrido por varios colegios de Ibagué hasta alcanzar graduarse como bachiller. Fue un estudiante con

desempeño aceptable, asociado fundamentalmente a su alto grado de sociabilidad con los amigos y a la dedicación al fútbol. Se destacó principalmente en Matemáticas; de ahí esa entrañable admiración y amistad con el profesor Julio Aponte. Su otra materia favorita, desde luego, la Educación Física.

No son las palabras, son las acciones las que definen a los hombres. En uno de sus recorridos de trabajo, Édgar habló con una antigua compañera del colegio de Steven; ella le relató que, para un día de la mujer, los niños debían llevar una flor a sus compañeras. A ella no le llevaron ni una, por lo que Steven, sin tener en cuenta las consecuencias en el colegio, se salió y fue a comprar una para compañera. Así de grande era la sensibilidad humana de él, cuenta su padre con nostalgia.

Los amigos del colegio terminan siendo parte del núcleo familiar y ante los hechos dolorosos este sentimiento se acentúa más. Miguel Falla, Juan Daniel Bermúdez y Junior, sus mejores amigos, siguen estando muy pendientes de la familia, cada uno desde sus propias obligaciones; en las fechas importantes se comunican con ella y la visitan para saber de todos. Johana, que era su novia desde el grado décimo hasta su ingreso a la ECSAN, fue su apoyo en el colegio, pero, ante el grado de responsabilidad que demandan los estudios de oficial en la Policía, terminaron su relación para poder dedicarse plenamente a su formación. Hoy ella sigue siendo muy allegada y querida en la familia Prada Riaño.

Desde que decidieron conformar su hogar, Édgar y Claudia han puesto todas sus metas en las manos de Dios y esta enseñanza la han pasado a sus hijos: por tal razón, la fe católica siempre estuvo muy presente a lo largo de la vida de Steven Ronaldo. Acudía con regularidad a la santa misa, portaba con respeto un rosario colgado al pecho y siempre, desde que sus padres lo presentaron ante la Virgen y el Divino Niño, ofreció sus metas y logros a ellos. *“Incluso, cuando pasó a la Policía, le mandamos a poner una placa en acción de gracias por haber permitido el ingreso del joven a la Escuela de Policía”,* relatan sus padres.

Su vida estuvo ligada al fútbol y a la Policía; su biotipo era óptimo para el deporte y especialmente para ser arquero: brazos largos, piernas largas, estatura ideal y agilidad. Ello le permitió pasar por la selección Tolima, el Envigado FC, el Club Independiente Santa Fe; también participar en innumerables equipos y campeonatos de la ciudad. Entrenadores como el Tucho Ortiz y el Camello Soto lo vieron jugar y siempre decían: “no sé porque esos pelaos no llegan a la

profesional, si tienen el talento, el porte y la dedicación". Varios de los hoy profesionales del fútbol jugaron con Steven, relatan su padre y hermano orgullosos.

Su carácter fuerte pero noble presagiaba la calidad de oficial de Policía que sería. Además, por existir en su familia materna una tradición de generalato y su abuelo haber sido policial, se marcaba el rumbo de su futuro. La familia, buscando en los recuerdos del colegio del mono, encontró un secreto a voces de lo que quería ser en su vida: en los grados décimo y once, los estudiantes debían redactar su proyecto de vida; en la conclusión, él manifestaba que deseaba ser un oficial de policía. *"Quería ser alguien importante, un general destacado para ayudar a la gente; esa era su mayor ambición en la institución"*, enfatiza su madre, muy orgullosa.

Dentro de la ECSAN pudo seguir disfrutando de su pasión por el fútbol, pues logró hacer parte del combinado de la Escuela y coronarse campeón con su equipo. Comenta el panameño Pérez, su compañero de escuela, a la familia que *"él soñó que competirían contra la Escuela Militar y que Steven taparía un penal y serían campeones"*. El hecho efectivamente sucedió, con un gran misterio: Steven, a pesar de ser el portero del equipo, no tapaba con el número 1; el tapó ese campeonato con el número 22 y le tapó el penal a la ESMIT, al pateador que portaba el número 17. Misterios que asocia la familia a designios de la vida: fueron 22 los cadetes víctimas, un día 17 el de los hechos victimizantes y 1 campeonato ganado, que coincide con el mes de enero.

El mono fue siempre consentido por toda la familia, que era muy numerosa: una extensa lista de tíos paternos, sus abuelos, las primas del primer grupo, las mayores —que le apreciaban por ser el menor y, sobre todo, por ser de los verdaderos Prada—¹; también las del segundo, sus contemporáneas, quienes cada año motivan el encuentro de todos en las temporadas navideñas y de fin de año. Cada noche, una familia se encarga de ofrecer la novena. Allí convergen todos para rezar, compartir y cerrar el año unidos. Esa era quizá una de las mayores felicidades del ST. ver a su familia reunida compartiendo y estar juntos siempre.

El ejemplo de su padre por el trabajo y ganar dinero honradamente fue aprendido al pie de la letra por sus hijos. En el caso de Ronaldo, para ayudar en su casa al cumplir los 18 años pidió a su familia que le regalaran el pase de conducir; entonces, como conductor elegido en un *"amanecedero"*² que tenía su primo

1 Por tratarse de ser él junto con su hermano los dos hombres que llevarán el apellido de su abuelo paterno, las demás son mujeres, sigue la estirpe de los Prada Matías.

2 Discoteca o bar.

se ganaba los pesos necesarios para sus gastos básicos de joven. Siempre fue respetuoso y dedicado a las labores que le eran encomendadas, y por su honestidad se ganó el aprecio de los clientes.

Para Steven Ronaldo, su hermano, fue además su amigo, compartían el gusto por el fútbol, la afición por su equipo del alma, una muy estrecha unidad familiar, el trabajo en el rancho de su primo, jugar videojuegos juntos en sus tiempos libres y la música de banda que cantaban con sentida entonación y de la cual existe evidencia en los recuerdos familiares. La última navidad que compartió con su familia luego de venir de descanso de la ECSAN estuvo cargada de simbolismos y mensajes; por una parte, la canción que más sonó y de la que grabaron vídeos fue *Mi último deseo*, de Los Recoditos, especialmente esa estrofa que dice:

*...Por eso aprovecho de cada momento
Pues consciente estoy de que no soy eterno
Por eso la paso contento en la peda
Y de vez en cuando le entro a la loquera
La vida es prestada y hay que disfrutarla
Como más te guste y te pegue la gana
Porque la huesuda no tiene respeto
Se lleva de todo, agarra parejo...*

Otro simbolismo que ratifica su amor por la Policía Nacional fue que le expresó a su familia: *"definitivamente esto es lo mío, papá, y cuando salga graduado, para donde me manden yo me voy"*. *"Mi hijo era un ser de luz, era un ser que no conocía obstáculos; para Steven todo tenía solución"*, expresa su sra. madre; *"pero sobre todo ese don de servicio que siempre lo acompañó"*, expresa Kevin, *"y un hijo querendón de la familia, amiguero, responsable"*, manifiesta Édgar.

Gracias a la gestión de la Familia ante las autoridades locales y el apoyo de la Policía Nacional, se erige hoy en Ibagué, en honor a los 22 Subtenientes víctimas, el Parque Natural ST. Steven Ronaldo Prada Riaño, donde una inscripción reza: *"22 Valiosas razones para servir a Colombia. Un Homenaje a nuestros héroes"*. Ello ratifica lo dicho por el ST. Steven Ronaldo Prada Riaño a su sra. madre: *"Algún día nos tendrán que rendir honores como generales"*.



Kevin Mauricio (hermano),
Claudia Carmenza (madre),
Edgar Prada (padre), ST. Steven Ronaldo

La convicción
de ser policía



Edgar Prada (padre), Claudia Carmenza (madre),
Kevin Mauricio (hermano).



| EPÍLOGO

Por: Cr. Alexander Castillo Marín¹

Los Actos legislativos 01 y 02 del año 2017 dan vida al Acuerdo Final de Paz con la extinta guerrilla de las FARC (Fuerza Armada Revolucionaria de Colombia) y, a partir de ello, su plan marco de implementación hasta el año 2030. El 22 de abril del año 2016, mediante Resolución 01710, cobró vida la Unidad Especial para la Edificación de la Paz (de ahora en adelante UNIPER), como una unidad estratégica dentro de la Subdirección General de la Institución, con la misión de asesorar, diseñar, dirigir, coordinar, articular y verificar el cumplimiento de los compromisos y responsabilidades institucionales complementarios y misionales derivados de la construcción de paz y el desarrollo de la Política de Paz Total.

De allí se resaltan tres responsabilidades principales en la UNIPER. La primera es, entonces, dar cumplimiento al Acuerdo Final de Paz; la segunda, participar en nuevos procesos de paz, según la Ley 2272 del año 2022, *“por medio de la cual se modifica, adiciona y prorroga la Ley 418 de 1997, prorrogada, modificada y adicionada por las Leyes 548 de 1999, 782 de 2002, 1106 de 2006, 1421 de 2010, 1738 de 2014 y 1941 de 2018, se define la Política de Paz de Estado, se crea el servicio social para la paz, y se dictan otras disposiciones”*.

Conocida como la política pública de paz del actual Gobierno nacional, y la tercera línea, es la dignificación de la memoria de los hombres y mujeres

¹ Es Administrador de Empresas y Administrador Policial, Especialista en Gerencia, Magíster en Seguridad Pública; con Estudios de Paz en Adelphi University (de Nueva York), en Resolución de Conflictos de American University (de Washington), en Mediación y Cese al Fuego desarrollado en Noruega con Norwegian Defence International Centre, Técnico en Control de Tránsito y Transportes, Diplomados y Cursos en Gerencia del Servicio de Policía, Seguridad y Convivencia Ciudadana, En Seguridad y Protección de Personas e Instalaciones. En Transparencia Institucional, Atención al Ciudadano, Derechos Humanos, Derecho Internacional Humanitario. Transversalización del Enfoque de Género y Gestión de Conflictos. De igual forma en su hoja de vida reposan 30 condecoraciones y 71 felicitaciones.

policías víctimas del conflicto armado interno, desde la cual se desarrolló este libro *Unas vidas, nuestras vidas. Sueños truncados*.

Es así como en el desarrollo de cada una de sus páginas los autores encontraron una forma humana y con gran sensibilidad para dar todo el valor y protagonismo a las historias de vida de víctimas y familias del hecho victimizante de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander (ECSAN). Alineándose así a las 3 líneas orientativas de UNIPEP: la primera consiste en las jornadas de caracterización, en donde todos los colombianos, y por supuesto nuestros policías, se presentan para ser reconocidos como víctimas en el marco del conflicto armado; segundo, los actos de dignificación a nuestros héroes de la patria; es decir, a todos aquellos que ya fueron reconocidos como víctimas del conflicto armado y quienes en muchos casos lo perdieron todo, incluso la vida, se les atribuye su condición y para ello se hacen actos de reconocimiento en su favor. Y la tercera línea, desde la cual, a través del Área de Víctimas y Memoria Histórica de la UNIPEP, se promueven eventos de construcción de la memoria histórica institucional en el marco del conflicto armado, dando cumplimiento así a lo establecido en la Ley 1448 del 2011 *“Por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones”*.

Por lo anterior, se refleja en este libro que no solo se hacen entrevistas entre las familias y compañeros arraigados en diferentes ciudades del territorio nacional, sino que también se hizo recorrido por las aulas de clases y algunos lugares emblemáticos para estas historias. Resulta muy emotivo y conmovedor encontrar como factor común en cada una de las historias hermosas anécdotas, recuerdos memorables, aventuras pintorescas y hasta milagros de vida. Pero aquí también hay afectaciones psicosociales (duelo complicado, depresión, desmotivación y ansiedad), dolor, frustración y desesperanza, entre muchos otros sentimientos claramente exacerbados por la exposición a este hecho violento, tanto para las víctimas directas (22 cadetes) como para las indirectas (familia).

Por tal razón, se hace imprescindible seguir generando no solo escritos de conmemoración histórica a las víctimas, sino que a su vez se requieren estudios e

investigaciones que permitan visibilizar estos daños a través de la construcción de memoria institucional colectiva para establecer estrategias de reparación, como otras formas de desvictimización. Para esto, permanentemente se invita a docentes e investigadores de universidades públicas y privadas a que den cuenta y validen la actuación de la Policía Nacional en los territorios. Es así que, para este libro, *Una vida nuestras vidas*, no solo se contó con estos cuatro investigadores, sino que estos resultados fueron socializados ante grupos de investigación de universidades como: La Universidad del Bosque, la Dirección Nacional de Escuelas de la Policía Nacional, el Foro Internacional de Encuentro de Investigadores, entre otros eventos académicos. Lo anterior, con el ánimo de validar la metodología utilizada para dicha investigación y contar con el rigor académico para que los lectores de este documento conozcan las historias aquí descritas, y que este sea usado como fuente de consulta por otros profesionales interesados.

Finalmente, se demostró durante el desarrollo de esta investigación que se hace necesario propiciar más escenarios de construcción de memoria histórica en favor de los hombres y mujeres policías afectados por la violencia, toda vez que los hechos de confrontación que ha vivido el país por más de 50 años, y que aún hoy no cesan, son producto de los diferentes conflictos no internacionales que afronta nuestro país con grupos rebeldes y estructuras armadas organizadas de crimen de alto impacto, como las califica el Decreto 2655 del 2022. Además, no podemos dejar de lado el proceso de aprendizaje que nos deja el Acuerdo de Paz de 2016, materializado en los actos legislativos que hacen parte del bloque constitucional en Colombia y que con mucha responsabilidad se materializan en el sistema integral de paz, cuya finalidad es la construcción de un escenario institucional transitorio, suficiente y apropiado para satisfacer los derechos de las víctimas del conflicto armado y contribuir en la reconciliación nacional.

| NOTA DE LOS AUTORES

Hasta el día de hoy no existe palabra que describa el dolor que produce la pérdida de un hijo(a). Si muere un esposo(a), quedamos viudos(as); si lo hacen nuestros padres, quedamos huérfanos(as); pero ¿si muere un hijo(a)?, no existe en nuestra lengua un vocablo que describa un dolor tan intenso.

Juan Gossaín, periodista colombiano

Durante el desarrollo de la investigación para la producción del libro, el grupo de “Unas vidas, nuestras vidas” pudo evidenciar de manera directa el dolor latente y crudo que ha dejado la partida temprana de un hijo o hija. El hecho victimizante en contra de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, el 17 de enero de 2019, produjo en veintiún familias colombianas y una ecuatoriana el dolor que los padres nunca imaginamos sentir en carne propia. Este hecho puso a las familias de frente con la dura realidad del conflicto armado en nuestro país, los enfrentó a la pérdida de vidas de personas inocentes, vidas que no se podrán recuperar jamás; pero, sobre todo, ocasionó que se truncaran los sueños de veintidós jóvenes y familias afectadas para siempre.

De las veintidós familias víctimas, quince participaron de manera voluntaria, algunas individualmente, otras en parejas o en grupo; cada relato fue una descarga de amor, recuerdos vivos que construyen y edifican la senda de una nueva forma de entender la vida, una prueba palpable de que con amor es más llevadero tanto dolor y un bálsamo que hace soportable la fría ausencia de alguien que apenas empezaba a caminar la ruta de sus anhelos y metas, todos ellos inconclusos por la violencia.

Los encuentros con las familias se hicieron en cada uno de los municipios de origen, en zonas rurales y urbanas donde nacieron, crecieron e iniciaron su vida los subtenientes, lugares donde fueron reconocidos como deportistas, pero fundamentalmente donde día tras días sus seres amados buscan salir adelante en medio del dolor y el recuerdo perenne de sus hijos, hermanos y demás familia afectada, luego de cinco años del hecho que los enluta a ellos, a la sociedad y a la Institución Policial.

El esfuerzo de la Policía Nacional a través de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz hizo posible la construcción de este libro, *Unas Vidas, Nuestras Vidas. Sueños Truncados*. Esta obra se construyó a partir del relato de los padres, abuelos, hermanos, primos, sobrinos y demás familia, con una metodología humanista, basada en la técnica de "historia de vida", que permitió construir con sus palabras estos relatos sobre sueños truncados que ahora ponemos en manos del lector para que pueda aproximarse al inmenso dolor que nos deja en las familias, la sociedad y la Institución Policial la pronta partida de los veintidós subtenientes.

